



*Una Novia
Para Tomar*



NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
TESSA DARE

Una novia para tomar

Antología

Dos novias escandalosas

Traducción y corrección

Sol Rivers

Es la primera regla de amistad entre caballeros: ni siquiera piensen en tocar a la hermana de su mejor amigo. Pero Sebastian, Lord Byrne, nunca ha sido uno para seguir las reglas. Pensó en tocar a Mary Clayton, mucho, y luchó para resistir la tentación. Pero cuando el novio de Mary la deja esperando en el altar, solo Sebastian puede salvarla de la ruina. Al casarse con ella él mismo.

En once años, nunca ha puesto un dedo sobre la hermana de su mejor amigo. Ahora la tomará con ambas manos. Tener, sostener... y amar.

Books Lovers

Este libro ha sido traducido por amantes de la novela romántica histórica, grupo del cual formamos parte.

Este libro se encuentra en su idioma original y no se encuentra aún la versión al español o la traducción no es exacta, y puede que contenga errores. Esperamos que igual lo disfruten.

Es importante destacar que este es un trabajo sin fines de lucro, realizado por lectoras como tú, es decir, no cobramos nada por ello, más que la satisfacción de leerlo y disfrutarlo. No pretendemos plagiar esta obra.

Queda prohibida la compra y venta de esta traducción en cualquier plataforma, en caso de que lo hayas comprado, habrás cometido un delito contra el material intelectual y los derechos de autor, por lo cual se podrán tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Si disfrutas las historias de esta autora, no olvides darle tu apoyo comprando sus obras, en cuanto lleguen a tu país o a la tienda de libros de tu barrio.

Espero que disfruten de este trabajo que con mucho cariño compartimos con todos ustedes.

*Si desean ser de los primer@s en leer
nuestras traducciones*

Síguenos en el blog

<https://lasamantesdelasepocas.blogspot.com>



Capítulo 1

Era la primera regla de amistad entre caballeros: nunca, nunca, pongas una mano sobre la hermana de tu mejor amigo.

No lo hagas Ni siquiera lo pienses.

No. ni siquiera. Un. Dedo.

Sebastian Ives, Lord Byrne, nunca había sido bueno para seguir las reglas. ¿Pero las promesas? Se los tomaba en serio. Su amistad con Henry Clayton había sido el ancla en su turbulenta juventud, demasiado valiosa para arriesgarse. Así que se había hecho un voto a sí mismo, y lo había mantenido firmemente, lo mejor que pudo, de todos modos, durante años.

Once años.

Once largos años.

Más de cuatro mil días de lucha contra la tentación de tomar a Mary Clayton en sus brazos y...

Bueno, a partir de ahí los detalles variaron.

Baste decir que, aparte del contacto casual requerido para la convención social, él nunca la había tocado, con una excepción. Después del funeral de Henry, la había abrazado durante horas mientras ella lloraba. Eso no contaba, seguramente.

Pero hoy, Sebastian se sintió tentado a romper su promesa. No, "romper" era una palabra demasiado débil. Quería agrupar sus principios, partirlos en dos y molerlos bajo la bota.

Maldición, se veía encantadora en su vestido de novia. No solo encantadora, sino inexplicablemente sola. — ¿Dónde diablos está tu novio?

—No estoy segura, —dijo.

Se paseó por el piso del pequeño anexo de la capilla, evitando su mirada desde la pendiente de su cuello y el suave rizo de cabello castaño que lo adornaba. — ¿Cómo se atreve a hacerte esperar, el bastardo?

Antología: Dos novias escandalosas

—Señor. Perry no es un bastardo. Es el hijo legítimo de un abogado.

—No me importa si es el Príncipe de Gales. El hombre te hizo una promesa y no está aquí para cumplirla. Eso lo convierte en un bastardo. Un bastardo tardío, por cierto.

—No llega tarde, Sebastián—. Hizo una pausa. —No viene.

—Imposible.

—Es muy posible. De hecho, es evidente. Él no está aquí, ni tampoco su familia. — Ella soltó el aliento en un suspiro derrotado. —Debe haber cambiado de opinión en el último momento.

— ¿Cambió de opinión? ¿Qué tipo de idiota idiota cambiaría de opinión acerca de casarse contigo?

—Supongo que alguien que quería un tipo diferente de esposa. Alguien menos obstinado, más amable. Tú, entre todas las personas, sabes que puedo ser difícil.

¿Difícil? Cuando se trataba de Mary, su única dificultad había sido mantener la distancia.

Supuso que podía ver por qué un hombre más débil podría encontrarla intimidante. Ella siempre había sido más inteligente que Sebastian y Henry juntos. Era fuerte y autosuficiente, porque perder a su madre a una edad temprana no le había dado otra opción.

Y ella era apasionada. Si creía en algo, defendería su caso con todo lo que tenía, y nunca retrocedería. Ella creía que las mujeres deberían tener el voto, que los prisioneros deberían tener mejores raciones, que las viudas de guerra deberían tener pensiones.

Y que los hijos de borrachos violentos nunca deberían pasar la Navidad solos.

Cualquier hombre que la dejara ir era un maldito tonto.

—Está hecho—, dijo. —Tendré que encontrar al cura y decirle que la boda ha sido suspendida.

—Oh no, no lo harás. Voy a salir y encontrar a ese canalla y arrastrarlo aquí.

—No quiero casarme con un hombre que necesita ser arrastrado al altar. Incluso en mi estado actual de orgullo herido, creo que merezco algo un poco mejor que eso.

—Por supuesto que sí. Siempre mereciste algo mejor que Giles Perry en primer lugar. Pero él te propuso matrimonio, y tú lo aceptaste. Y estaré condenado si se sale con la suya.

Antología: Dos novias escandalosas

—Sebastián.

Él cedió. —Muy bien. No lo arrastraré de regreso. Lo invitaré a cumplir su palabra.

— ¿Y si no acepta esa invitación?

Sebastián dejó de pasearse y se volvió hacia ella, mirando directamente a sus brillantes ojos azules. —Entonces se encontrara al amanecer conmigo el bastardo.

* *

— ¿Un duelo? — El corazón de Mary dio un vuelco. —Oh no. No puedes.

—Oh sí. Lo hare.

Él le dio la clásica mirada de Sebastián, dominante y terco en igual medida. Había visto a hombres adultos marchitarse bajo ese resplandor. No ayudó que estuviera construido como un guerrero vikingo, alto y de hombros anchos, con rasgos golpeados en bronce. No había nada blando en él, en ningún lado.

No en el exterior, al menos.

—Esa mirada no funciona en mí, —dijo. —Te conozco muy bien.

—No lo sabes todo, Mary.

—Sé que te he visto acunar una cría de gorrión en tu mano y alimentarla con un gotero de tintura.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió. —Eso fue hace mucho tiempo.

—Puré de gusanos, tres veces por hora, durante días.

—Rescatarlo no fue idea mía. Era de Henry.

—Pero fuiste tú quien lo vio. El querido pajarito pensó que eras su madre. ¿Recuerdas? — Ella enganchó dos dedos y se los saltó por el brazo. —Salta, salta, salta...

—Detente.

Ella retiró la mano. —Solo digo que si alguna vez tuviste alguna esperanza de intimidarme, desapareció ese verano. Así que ni siquiera pienses en un duelo. No eres un hombre que mataría a otro a sangre fría.

—tu honor debe ser defendido. Perry ya pospuso esta boda dos veces.

Antología: Dos novias escandalosas

—Él pospuso la boda una vez, — corrigió ella. —La otra vez estaba de luto. Eso no fue su culpa.

—No, no fue culpa suya, —dijo Sebastián en voz baja y amarga. —Era la mía.

Mary se maldijo en silencio. Ella nunca debería haberlo mencionado. —Debes dejar de culparte a ti mismo. Fue la guerra; los hombres mueren. No fuiste responsable de la decisión de Henry de alistarse.

—Tal vez no. Pero cuando lo mataron, y me hice responsable de ti.

—Tengo casi veintiocho años. Debería pensar que ahora soy responsable de mí misma. Y puede que me hayan dejado, pero no estoy desconsolada. Giles y yo nos teníamos en estima, pero no era una pareja de amor. Sobreviviré.

—Sí, pero tu reputación no lo hará. Ya sabes lo que dice la gente cuando se rompe un compromiso prolongado. Asumirán que ustedes... Bueno, que ustedes dos... —Agitó el aire con una mano. —Ayúdame aquí. ¿Cuál es una manera educada de decirlo?

Mary sintió repentinamente curiosidad por las maneras descortés de decirlo. Pero esa no fue una conversación por el momento. —Asumirán que nos anticipamos a los votos matrimoniales.

—Sí—, dijo con evidente alivio. —Eso.

—No puedo evitar si la gente cotillea.

—Te arruinarás. No tienes el dinero o las conexiones para superar incluso un indicio de escándalo. Si no te casas hoy con Perry, es posible que nunca te cases con nadie.

—Soy consciente de eso—. Dolorosamente.

La soltería no era una perspectiva especialmente atractiva, no solo porque siempre había soñado con enamorarse, establecer una casa y tener hijos, sino porque, con la ausencia de Henry, la modesta fortuna familiar había pasado a un primo tercero. Hasta ahora, su primo había sido comprensivo y generoso, pero si cambiaba de opinión, su situación financiera podría volverse sombría rápidamente.

—¿Y qué hay de tus causas políticas y todas esas organizaciones caritativas?, — Preguntó. —Sé lo importantes que son para ti. Si pierdes tu buena reputación, también perderías una buena influencia.

Otro golpe más, y uno que golpeó más cerca de su corazón.

Antología: Dos novias escandalosas

Ella se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente. —Quizás tenga que renunciar a mi membresía en la Sociedad de Justicia Social de Damas. Las reuniones fueron bastante aburridas, de todos modos.

—Me encargaré de esto—, dijo. —Una vez que lo tenga mirando al final de mi pistola, lo reconsideraré. No te preocupes.

No te preocupes La única emoción que podía sentir en ese momento era preocupación. Las posibilidades de que Giles matara a Sebastián en un duelo eran escasas, pero existían.

—Sebastián, no dejaré que arriesgues tu vida por mí. No por esto.

—Daría mi vida por ti. Sin pensarlo un momento.

Por una vez, fue atrapada sin una respuesta. Le había quitado el aliento.

Ya había perdido a su padre, luego a su único hermano.

No podía soportar perderlo también.

—Escúchame. No me voy a casar con Giles. Nunca. Incluso si lo encontraras, lo redujeras a suplicar a punta de pistola y lo llevaras de regreso a esta capilla dentro del siguiente cuarto de hora, me negaría. ¿También quieres amenazarme con una pistola?

—Por supuesto que no, —se quejó. —No puedo obligarte a casarte con él.

—Bien entonces. Eso está resuelto. La solterona será—. Ella se estabilizó. —Si me disculpas, iré a explicarle al cura.

La agarró del brazo. —No, no te disculpo. No irás a explicarle al cura. No te arruinarás, y tampoco serás una solterona. Te vas a casar conmigo.

Capítulo 2

Sebastián no esperaba que ella tomara bien su declaración.

Y tenía razón.

— ¿Qué?, —Exclamó ella.

—Necesitas casarte con alguien, y si no te casas con Perry, te casarás conmigo. Es la única forma.

Su frente se arrugó. —No es la única forma.

—Es la única forma en que lo permitiré. Sé lo pequeña que es tu dote. No vas a ser una solterona empobrecida si puedo evitarlo. Y yo puedo.

—Si le preocupa el dinero, podría liquidarme unos cuantos miles de libras. Ciertamente tienes de sobra.

— ¿Y convertirte en un objetivo para los cazadores de fortuna sin escrúpulos? Que el diablo me lleve antes que lo haga.

—Dios mío. Qué opinión tan baja tiene de mi capacidad para elegir pretendientes.

Dio un paso atrás e hizo un espectáculo de buscar en la habitación. —El último hombre con el que elegiste casarte no está aquí.

La vio estremecerse, y lamentó su tono áspero. No quería lastimarla. Ella merecía ser cortejada por decenas de hombres y adorada por el tipo afortunado que eligiera. Pero el mundo en el que vivían no era justo. Ese maldito Perry continuaría teniendo una buena vida, y Mary pagaría el precio, con sus perspectivas, su reputación, sus amigos, su influencia.

Ella suspiró. —Sé que ves esto como tu problema para resolver, con Henry desaparecido. Pero Henry también se preocupaba por ti. Él no quería que arrojes tu futuro por lealtad equivocada.

—Mi lealtad no está fuera de lugar. De hecho, no hay otro lugar en el que pueda ubicarse mi lealtad. No tengo a nadie más. —Continuó, queriendo escapar de la suavidad en sus

Antología: Dos novias escandalosas

ojos. —En cuanto a la sugerencia de que estaría desechando mi futuro, ni siquiera lo dignificaré con una respuesta.

—No estoy indefensa, Sebastián.

—Sé que no lo eres. Pero es lo mejor. Nadie te culpará. Es exactamente algo que la sociedad esperaría que yo hiciera, secuestrar a una novia del altar. Soy un pícaro desvergonzado.

—No tú no lo eres.

Se negó a aceptar ese argumento. —Serás una dama. Una rica. Siempre supe que necesitaría una esposa eventualmente.

—Pero... soy demasiado vieja—, espetó ella.

—No eres vieja.

—Soy más vieja que tú.

—Por dos años.

—Más cerca de los tres. La mayoría de los hombres quieren una novia más joven.

—No soy la mayoría de los hombres.

Ella lo miró y suspiró. —Sí, lo había notado.

Bueno, él había hecho más que notar a Mary. Ella había captado su atención desde el principio, y todo porque era mayor. Ella era más mundana e interesante que las chicas de su misma edad. Sin mencionar que su figura femenina había sido fuente de tentación y tormento.

Y sobre ese tema...

—Hay una cosa que debes saber, — dijo. — Soy un Lord, aunque sea uno deshonrado. Todavía hay un vínculo en la propiedad familiar—. Hizo una pausa. —Necesitaré un hijo. Y eso significa que tendremos que... —Buscó una vez más por un término cortés.

—Compartamos la cama.

—¿Sabes lo que eso implica? — Asumió que alguien le habría dado una idea, pero quería estar absolutamente seguro de que ella sabía lo que estaría emprendiendo.

Para Sebastián, por supuesto, compartir la cama no sería una tarea. Se había imaginado hacerle el amor más de una vez.

Antología: Dos novias escandalosas

¿A quién estaba engañando? Lo había imaginado cientos de veces. Incluso había soñado con ella, mucho después de pensar que había dejado de soñar con algo.

—Entiendo lo de la cama de matrimonio—, dijo con perfecta inocencia. —El esposo besa a la esposa en los labios y luego queda embarazada.

Él la miró fijamente, en pánico silencioso.

Ella se echó a reír. » Sé cómo funcionan las relaciones sexuales, Sebastián. Incluso si aún no lo he experimentado.

Gracias a Dios. —Entonces entiendes que para crear un hijo, necesitaremos... hacer eso. Al menos una vez. Posiblemente varias veces. Incluso entonces, el niño podría ser una niña. En cuyo caso, tendríamos que comenzar de nuevo. Pero lo prometo, no te impondría más de lo necesario, y solo cuando estés lista.

Ella sacudió su cabeza. —Estás corriendo muy por delante de ti mismo, eres un punto de fuga en el horizonte. En este momento, necesito anunciar que esta boda no va a suceder. Después de un intervalo apropiado, al menos unos meses, podemos volver a discutir esto. Si aún sientes lo mismo, y si estoy de acuerdo, entonces podemos anunciar un compromiso. Tal vez una boda en octubre.

—Inaceptable.

—Navidad, entonces.

—Definitivamente no—. Había logrado convencerla. No le daría meses de tiempo para cambiar de opinión. —Nos vamos a casar hoy.

* *

— ¿Hoy? —, Repitió Mary. Había pasado corriendo determinado, directo al reino de los desquiciados.

Él hizo un circuito en la sacristía, recogiendo sus cosas. Flores, velo, capa. —tus baúles están llenos, supongo.

—Están afuera, en el carruaje que contrató Giles. Íbamos a irnos de luna de miel directamente después de la boda—. Gracias a Dios que habían planeado una pequeña

Antología: Dos novias escandalosas

ceremonia en la iglesia, sin desayuno de bodas. Al menos no habrían muchos testigos de su humillación.

—Entonces eso está ordenado. Y llevas un vestido.

—No podemos casarnos hoy—, declaró, al recordar que era hija de un abogado y afirmó tener más que una familiaridad pasajera con la ley. —No tenemos una licencia y no se han leído las amonestaciones. Simplemente no es posible. Así que ahí lo tienes.

Se detuvo y consideró esto. —Tienes razón, necesitaremos una licencia especial. Lo que significa que iremos a Canterbury y nos casaremos allí.

—Oh Señor. Te has despedido de tus sentidos. Esto explica mucho.

—Mis padres están muertos, igual que los tuyos. Y ahora Henry también. No tenemos familias para asistir a la ceremonia. O para objetar.

Me opongo. Ella extendió los brazos. —Aquí estoy, parada justo frente a ti. Objetando.

—No objetas por ningún motivo razonable. Simplemente estás siendo contraria.

—Bueno, solo estás siendo un loco.

—No soy descabellado. Tomo decisiones rápidas, a menudo despiadadas. La propiedad habría quedado insolvente hace años de lo contrario. Pero cuando escuché mi instinto, nunca tuve motivos para arrepentirme.

Ella levantó una ceja. —Todavía.

La tomó de la mano y la arrastró por la puerta lateral de la sacristía, apresurándola hacia el carruaje que esperaba. —Tengo una propiedad junto al mar. Una simple casa de campo, pero está bien situada en los acantilados cerca de Ramsgate, a solo unas horas de viaje de Canterbury. Es el lugar ideal para pasar una o dos semanas fuera de Londres. Menos chismes de esa manera.

Chisme.

Cielos, habría tantos chismes.

Bueno, si iba a haber chismes sobre ella, Mary suponía que preferiría mucho el chisme sobre cómo había sido secuestrada por un pícaro desvergonzado y sensual, en lugar de chismear. Sobre cómo había sido abandonada en el altar por el sumiso hijo de un abogado.

Apasionado era mejor que lamentable.

Antología: Dos novias escandalosas

—Si nos vamos ahora—, dijo, —llegaremos a la cabaña al anochecer. Vine aquí en Shadow, así que me iré. Pero estaré junto al carruaje en cada paso del camino.

La entregó al carruaje y luego consultó con el cochero. Soborno generosamente, supuso. Siempre fue un hombre que actuó con decisión, pero ella nunca lo había visto tan resuelto. No desde que había declarado que había comprado una tenencia y tenía la intención de ir a la guerra.

Abrió la puerta del carruaje. —Sebastián, espera.

A regañadientes se volvió.

—¿Qué pasa con el amor?, —Le preguntó en voz baja. —¿No quieres casarte por amor?

—Prefiero casarme con alguien en quien confío.

—El amor y la confianza van de la mano.

—No en mi familia, no lo hicieron.

A Mary le dolía el corazón. La primera vez que había vuelto a casa con Henry de la escuela, había sido tan desconfiado y retraído. Cubierto con una armadura invisible, prácticamente tintineó mientras caminaba. Con los años, se había vuelto cómodo en su hogar, revelando más y más de sí mismo. Bajando la guardia.

Pero después de la guerra, después de la muerte de Henry, todo había cambiado. Se había amurallado de nuevo. Ella no sabía cómo comunicarse con él, y le preocupaba que nunca dejara que nadie más se acercara lo suficiente como para intentarlo.

—Estás siendo tan bueno conmigo, —dijo. —Lo aprecio más de lo que te imaginas. Pero no necesitas hacer esto. Puedo encontrar que estoy bien preparada para ser una solterona. O tal vez a alguien le importarte lo suficiente como para casarse conmigo a pesar del escándalo.

—Alguien ya lo hace, Mary. Lo estás mirando.

En el silencio que siguió a sus palabras, ambos estuvieron muy quietos.

» Si crees que estoy siendo desinteresado, déjame asegurarte que no lo soy. No pude mantener vivo a Henry, y ese fracaso me perseguirá hasta que muera. Debes permitirme protegerte o no sabré cómo vivir conmigo mismo. Tendrás mi título y mi riqueza a tu disposición. Como dama con medios, puedes defender cualquier causa que desees.

Antología: Dos novias escandalosas

Además de darme un heredero, tu vida será tuya. Déjame protegerte. Eso es todo lo que pido.

¿Cómo podía decirle que no a eso? Mary rebuscó en su mente para una última objeción, pero apareció con las manos vacías.

No, no con las manos vacías. La mano de Sebastián estaba en la suya. Si ella se casara con él, no estaría sola. Y tampoco lo haría él.

Cielos. Realmente iba a ser Mary Ives, lady Byrne.

Ella le apretó la mano antes de soltarla. —Cuídate en el camino.

* *

No fue la boda que esperaba.

No, fue mucho más grandioso. Y mucho más romántico.

Incluso con una fuga apresurada, sin invitados, y un vestido de novia arrugado por el viaje, el escenario era indudablemente encantador. La belleza altísima de la catedral, el sacerdote solemne con sus vestimentas, la niebla especiada del incienso. La tenue luz del sol brillaba a través de las vidrieras, enviando medias lunas de azul y rojo deslizándose por el suelo.

La escena se sintió mágica, atemporal.

Y ella tenía el novio más guapo. Sebastián nunca se había visto mejor. Encajaba perfectamente en el entorno medieval. Como un caballero con armadura invisible, listo para asumir una misión imposible. Mary no estaba segura de su papel en esta historia. ¿Era ella la bella doncella que él buscaba complacer, o era su compromiso roto simplemente un dragón que necesitaba matar? Su mandíbula endurecida no dio pistas.

Cuando el sacerdote comenzó la ceremonia, las palabras la inundaron en un murmullo silencioso.

La parte de Sebastián vino primero, y casi pisó las palabras del sacerdote con su firme —Acepto—. Sin dudarlo.

Antología: Dos novias escandalosas

Entonces el sacerdote se volvió hacia ella. —Mary Elizabeth Clayton, ¿quieres tener a este hombre como tu esposo para vivir juntos después de Dios? ¿ordenanza en el estado sagrado del matrimonio?

Ella asintió. Hasta ahora, todo sonaba aceptable.

—¿Quieres obedecerle?

Oh querido.

—y servirle...

Ella se encogió.

—Ama, honra y mantenlo en la enfermedad y en la salud; y, abandonando a todos los demás, guardarte solo para él, ¿mientras los dos vivan? Si es así, responde: "acepto".

Mary vaciló.

—Si es así—, repitió el sacerdote, apoyándose en las palabras, —responda, "Acepto".

No pudo decirlo. Todavía no del todo.

Se dirigió a Sebastián directamente. —No tienes que hacer esto, ya sabes. Tengo una opción.

— ¿Qué elección? ¿Ser una solterona arruinada que sobrevive con unos ingresos escasos?

—No sería tan malo como estás insinuando. Al menos sería libre de hacer lo que quiera.

—Mary, —dijo en voz baja, —este no es el momento de discutir por el simple hecho de discutir.

—No estoy discutiendo. Solo escúchame por un momento, ¿quieres?

—No veo el punto en discusión.

—Bueno, veo el punto en eso—, dijo, ofendida. —Cuando tengo algo que decir, me gustaría que me escuchen. Especialmente por el hombre que será mi esposo.

—No hay manera en el infierno que te lleve de regreso a...

—Ejem. —El sacerdote parecía perturbado. — ¿Volvemos a la ceremonia?

—Estoy pagando por una nueva capilla—, espetó Sebastián. —Puedes esperar hasta que mi novia y yo terminemos de hablar.

Antología: Dos novias escandalosas

Mary encontró su brusca protección de manera extrañamente entrañable, especialmente porque estaba bajo la inminente amenaza de condenación.

—Estoy tomando una decisión, Sebastián. Eso es todo lo que quería decir. Cuando hago estos votos, elijo hacerlo libremente. Estoy eligiendo esto—. Bajó la voz a un susurro. —Te estoy eligiendo a ti.

El observador casual nunca lo notaría, pero Mary sabía que sus palabras tenían un efecto profundo. La tensión abandonó sus hombros y, de repente, sus ojos entrecerrados no eran tan severos.

Por el momento, al menos, el guerrero había bajado su escudo.

Ella miró al sacerdote. —Estoy listo ahora.

—Si es así, responde, " Acepto".

Ella miró a los ojos de su novio. —yo acepto.

El resto de la ceremonia fue breve, en parte porque no había anillos. Sebastián ni siquiera tenía un anillo de sello. Nunca hubiera usado nada de su padre, y sobre todo no eso.

Hubo votos y una o dos oraciones, y antes de que Mary lo supiera, todo terminó.

—Los proclamo marido y mujer.

Está hecho. Ellos estaban casados.

Sebastián se inclinó hacia adelante como si fuera a besarla, pero luego pareció cambiar de opinión. Ella podría haber sospechado que él había perdido los nervios, si no supiera que Sebastián estaba completamente compuesto de nervios para empezar.

En lugar de besar sus labios, él le dio un beso en la mejilla y luego apoyó su sien contra la de ella. Un gesto tierno, de alguna manera más íntimo que un beso.

—Me ocuparé de ti—, susurró. —Siempre.

—Sé que lo harás, — susurró ella.

Mary no tenía ninguna duda en su mente de que Sebastián cubriría todas sus necesidades y la protegería con su vida.

Pero probablemente iba protestar cuando se enterara de que ella tenía la intención de hacer lo mismo. Necesitaba comprensión, calidez, familia, amor, y ella también necesitaba

Antología: Dos novias escandalosas

todas esas cosas. Esto no iba a ser un arreglo práctico, ni una forma de satisfacer su conciencia.

Esto iba a ser un matrimonio.

Y ese matrimonio comenzaba esta noche.

Capítulo 3

Cuando salieron de Canterbury, la luz del día se estaba desvaneciendo y las nubes de tormenta se habían reunido en el horizonte. El cochero no estaba contento cuando Sebastián le dijo que viajarían a Ramsgate con mal tiempo, pero algunas guineas mejoraron notablemente su estado de ánimo.

A mitad del viaje, caían tanto la noche como la lluvia. Entonces el caballo de Sebastián se le salió una herradura, frenando su avance hacia una caminata. Cuando finalmente llegaron a la cabaña, las ventanas estaban oscuras. Nadie salió a saludarlos. Horarios de campo, supuso. Quizás la gente se fue a la cama al anochecer.

Sebastián desmontó a Shadow y vio al castrado cansado asentarse en el establo, que parecía y olía como si no se hubiera usado en años. Afortunadamente, el caballo había sido alimentado en Canterbury. Cualquier heno en el desván seguramente se pudriría.

Después de ver a su caballo, Sebastián golpeó la puerta de la cabaña.

Sin respuesta.

Naturalmente, tenía una llave del lugar, pero no llevaba la cosa en su persona. Estaba en una caja fuerte debajo del escritorio en su casa de Londres. Cuando había salido de la casa esta mañana, esperaba sentarse en silencio en una iglesia mientras veía a Mary casarse con otro hombre. Nunca podría haber imaginado que al anochecer estaría parado frente a esta cabaña de piedra en la costa de Kent, casándose con ella.

Cuando otra ronda de golpes no produjo respuesta, sacudió la puerta para juzgar la fuerza del cerrojo. Ya estaba suelto, un hecho que lo habría enojado si las circunstancias hubieran sido diferentes. Esta noche, sin embargo, este caso particular de mantenimiento de mala calidad fue un regalo. Una patada rápida, y la puerta cedió.

Una vez logrado eso, regresó al carruaje. Primero necesitaba desatar los baúles de Mary del carruaje y traerlos antes de que estuvieran completamente empapados. Después de haber escondido su equipaje dentro de la cabaña, regresó por ella.

—Pon tus manos alrededor de mi cuello—, gritó bajo la lluvia. —Te llevaré.

—Puedo caminar.

Antología: Dos novias escandalosas

Sebastian no tuvo tiempo para esto. La sacó del carruaje sin más discusión, la apretó contra su pecho y la llevó a la cabaña.

—No tenías que hacer eso—, dijo, una vez que él la dejó en el suelo.

—El suelo estaba húmedo y embarrado.

Ella sonrió con ironía. —No me preocupa demasiado el dobladillo de mi vestido. No es que lo vaya a usar de nuevo.

—Es nuestra noche de bodas—, dijo. —En la noche de bodas, el novio lleva a la novia por encima del umbral. A pesar de lo apresurado e improvisado que ha sido todo el asunto, y teniendo en cuenta que no tenías ni un anillo, pensé que haría esa cosa correctamente.

—Sebastián. Eso es terriblemente dulce.

Dulce, ella lo llamó? Dios bueno.

Afuera, el cochero rompió las riendas y se fue a la noche.

Sebastián cerró la puerta con una silla. Mary encontró un pedernal y lo usó para encender una vela, dándoles su primer vistazo alrededor de la cabaña.

Sebastián maldijo. Era un desastre. Había visto gallineros en condiciones más habitables.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que visitaste este lugar? —, Preguntó ella.

—Años. Pero se supone que hay un cuidador viviendo aquí con su esposa. Al menos, he estado pagando el salario de un cuidador. No esperaba que el lugar estuviera resplandeciente, pero ¿esto? —Él golpeó una telaraña.

—Al menos estamos fuera de la lluvia.

Excepto que realmente no estaban fuera de la lluvia. Cuando levantó la vista hacia el techo de paja con goteras, un riachuelo de agua fría lo golpeó en el ojo.

No hace unas horas, se había presentado ante un hombre de Dios y prometió mantener y proteger a Mary mientras ambos vivieran. Esto no tenía un comienzo sensacional.

—Iremos a una posada a pasar la noche, — dijo.

—¿Cómo? El cochero ya se fue. Shadow ha perdido una herradura. Y no recuerdo haber visto una posada cuando pasamos por el pueblo.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí.

Antología: Dos novias escandalosas

—Son solo unas pocas fugas, algo de polvo y telarañas—. Recorrió el lugar, sosteniendo en alto la vela. —Esta sala de la cocina no está tan descuidada. Está seco, al menos. Y hay una cama. Tengo ropa de cama fresca y una colcha en mis baúles. Son parte de mi ajuar.

Se echó hacia atrás su cabello mojado. —Al menos déjame caminar al pueblo y encontrarnos algo para comer.

—Oh, no, no lo harás. No me vas a dejar sola en este lugar. —Cogió un cesto que había descargado del carruaje y lo dejó sobre la mesa de la cocina. —La hermana de Giles dijo que nos había empacado algo. Bueno, no a nosotros, pero ya sabes.

Sí. Sebastián lo sabía. Y odiaba la idea de que si se hubiera casado con ese chico, estaría caliente, seca y alimentada en este momento.

Ella abrió el cesto. —Tenemos una botella de vino. Eso es prometedor. Y... —Desenvolvió un paquete de papel marrón. —Pastel.

Sebastián lo miró. Eso no era simplemente pastel.

Ese era el pastel de bodas.

De repente, no tenía hambre.

Ella rompió un trozo de pastel y dio un mordisco saludable. —Sobreviviremos hasta la mañana—, murmuró con la boca llena. —Estará bien.

Supuso que no tenían muchas opciones.

» ¿Estás seguro ¿Qué no quieres un poco? — Ella tomó otro bocado de pastel y luego se lamió los dedos. —Este bueno.

Sacudió la cabeza. —Voy a encender un fuego. Tú arreglas la cama.

Mientras ella desabrochaba las correas de su baúl para buscar la ropa de cama, Sebastián se quitó el abrigo y se desabrochó las mangas, doblando las mangas hasta el codo. Buscó leña en la cocina y encontró un número insignificante de troncos. En ninguna parte lo suficientemente cerca como para mantener un incendio alimentado durante la noche.

Se aventuró bajo la lluvia y recorrió el exterior de la cabaña hasta que encontró una pila de leña agotada debajo de un cobertizo desmoronado. La madera sobre la pila estaba húmeda. Gran parte del resto se estaba pudriendo.

Cuando tuviera en sus manos a ese cuidador, haría que el hombre pagara por dejar su propiedad en tal estado de abandono.

Antología: Dos novias escandalosas

Recogió algunos de los troncos más secos del montón, los llevó al bloque de corte y agarró el mango del hacha para sacarla. Apoyó los pies en el barro y dio su mejor tirón con una mano. En lugar de que la cuchilla se liberara del bloque, el mango se rompió en su mano. Sebastián tropezó hacia atrás y cayó de culo.

Brillante. Ahora estaba empapado de lluvia y cubierto de barro. Llevó su manojo de madera sin cortar de regreso a la cabaña y se paró en la entrada, sacudiéndose como un perro y enviando gotas de barro en todas las direcciones. Se quitó las botas antes de agacharse en el hogar para hacer fuego.

Con un poco de trabajo, había creado una llama respetable. El calor tostado se extendió por la cocina. Si dejaban abierta la puerta de la habitación, el calor también debería ser suficiente para calentar esa habitación.

—La cama está lista—, dijo detrás de él.

Añadió un tronco al fuego, luego se levantó y se volvió.

Cristo.

Mary se paró frente a él con una bata pura, de encaje y blanca como la nieve.

No pudo hablar. El gato no solo tenía su lengua, sino todas las otras partes de su cuerpo que no fueran sus ojos, corazón, sangre o polla rígida.

Once años, cuatro mil días. ¿Y en cuántas de esas cuatro mil noches la había imaginado desnuda? Más de las que jamás admitiría. Y allí estaba ella, parada frente a él, vestida con el equivalente de seda de una rama y una hoja de higuera.

Más bella que en sus más salvajes fantasías.

Se había desanclado y cepillado su cabello, y los brillantes mechones castaños caían sobre sus hombros en ondas. El vino había manchado sus labios de rojo clarete.

Y sus pezones eran de un tono más oscuro de rosado. Siempre había soñado que serían rosas. También siempre había soñado que sabrían a tartas de crema pastelera, lo que ahora le pareció extrañamente específico.

—¿Qué? —, Finalmente dijo, — ¿es eso?

—Es... un camisón.

—Es una telaraña. Hay más agujeros que hilo. Ya estás temblando—. Sin mencionar que sus pezones rosados son duros como dardos. — ¿No tienes algo más monótono y sensato?

Antología: Dos novias escandalosas

Ella se abrazó a sí misma. — Todos son así.

Por supuesto que todos eran así. Ella había empacado para una luna de miel. Una luna de miel con alguien más.

Él era un monstruo. Tenía que estar fría, exhausta y llena de emociones en conflicto. Incluso si su corazón no estaba roto, debe haber sido magullado. Por la apariencia de esa bata, incluso podría haber estado esperando su noche de bodas con Perry. En cambio, ella estaba aquí en un infierno infestado y podrido. Con él.

Y la estaba reprendiendo por su elección de ropa de dormir.

Bien hecho, Sebastián. Bien hecho, de hecho.

Ella cruzó la habitación hacia él. — Ven entonces. Quítate la ropa. — Ella le quitó el dobladillo de la camisa del pantalón.

— Mary. — Dio un paso en retirada. — No estoy... No estamos... No esta noche.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró. — Estás empapado hasta los huesos y salpicado de barro. No estoy siendo una desvergonzada descarada, estoy protegiendo mi bordado. Trabajé duro en esas sábanas, ya sabes. Así que quítate las cosas y déjalas secar junto al fuego.

Sacudió la cabeza. — Dormiré en el suelo.

— No seas absurdo. No te dejaré dormir en el suelo.

— No es nada. Dormí en condiciones mucho más duras durante la campaña.

— Este no es el ejército, Sebastián. Hay una cama perfectamente buena.

— Exactamente. Cama singular. No camas.

— Somos marido y esposa, — bromeó. — El sacerdote lo dijo.

Esposa.

Ella era su esposa.

— Sé que quieres cuidarme, — dijo. — Pero ahora que estamos casados, yo también puedo cuidar de ti. No estás durmiendo en el suelo. — Ella le tocó la muñeca. — Además, hace frío. No quiero estar solo.

Muy bien. Ella lo tenía allí.

Antología: Dos novias escandalosas

Y en esa bata, ella lo tenía duro como el granito.

Esta sería una noche muy larga.

—Ve y métete en la cama—, dijo. —Toma el lado más cercano a la cocina. Será más cálido Me reuniré contigo en un minuto.

Esperó hasta que la escuchó deslizarse debajo del edredón antes de desnudarse apresuradamente y colocar su ropa mojada sobre dos sillas cerca del fuego. Mientras se arrastraba hacia la habitación, trató de permanecer en las sombras. No por modestia, pero para que no se alarmase. Era un tipo bastante corpulento, grande en todo tipo de formas. A las mujeres experimentadas les gustaba su cuerpo, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría una virgen.

Se estiró a su lado en la cama, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

Ella se acurrucó contra él.

Se retorció a unos centímetros de distancia.

Ella se acurrucó de nuevo. —Abrázame. Eres tan cálido Y no puedo dejar de temblar.

Con un profundo suspiro, le pasó un brazo por los hombros, aún con cuidado de mantener sus cuerpos separados del ombligo hacia abajo. —No quiero aplastarte.

— ¿Cómo pudiste aplastarme? Estás a mi lado, no encima de mí.

Él gimió. No me des ideas.

—Te estás alejando nuevamente, — acusó. — ¿Soy tan objetable?

—Lo más alejado de eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

Muy bien. No digas que no lo pediste.

Se puso de lado para mirarla, la atrajo hacia sí y empujó su desenfrenada excitación contra su vientre. —Allí. Espero haber respondido a tu pregunta.

Ella tragó saliva. —Oh. ¿Querías...?

— ¿Participar en actividades educadamente redactadas? —No. La soltó. —De ningún modo.

—No tienes que ser tan vehemente al respecto.

Antología: Dos novias escandalosas

—El cuerpo de un hombre tiene una mente propia. Especialmente cuando el hombre en cuestión está desnudo y en la cama con una mujer hermosa. Una vestida con nada más que una brizna de encaje, que sigue moviendo su cuerpo contra el suyo—. Él exhaló pesadamente. —Pero no quiero que estés ansiosa. Esperare hasta que estés lista. Si eso significa semanas, meses, incluso años. No te apresuraré.

Ella guardo silencio por un momento. Y entonces comenzó a reír.

— ¿Qué?

— ¿No me apresurarás? — La cama tembló con su risa. — Esto del hombre que me secuestró por la mañana, se casó conmigo por la tarde y me instaló en su remota cabaña junto al mar al atardecer. Pero no me apresurarás. Oh Sebastián Eso es demasiado.

No sabía qué decir.

» Mira ese surco en tu frente. — Ella frotó el espacio entre sus cejas, como si tratara de aplanarlo. — No te veas tan severo. Solo te estoy tomando el pelo. Pero tal vez no estés listo para ser molestado. Yo tampoco te apresuraré.

Sin pensarlo, él extendió la mano para acariciar su cabello.

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho. » Me preocupé por ti el año pasado. Eres demasiado terco para dejarlo, pero sé que te ha dolido. Ya sea Henry o la guerra, o algo que ni siquiera puedo comprender. Incluso cuando estamos en la misma habitación, pareces muy lejos.

No sabía cómo responder eso. Era cierto, había estado afligido. No solo por Henry, sino para muchos de sus hermanos de armas. Pero no era algo de lo que supiera hablar. Y apenas podía quejarse con Mary al respecto. Había perdido a su único hermano. Con la desaparición de sus dos padres, Henry había sido la única familia que le quedaba. Ella estaba sola.

O más bien, ella había estado sola. Ahora estaba con él.

— Ve a dormir—, le dijo. — A la primera luz, te llevo lejos de este miserable lugar.

Ella inclinó la cabeza para mirarlo. — ¿me besarás de buenas noches? — Él dudó. — Es nuestra noche de bodas. Parece que al menos deberíamos tener eso. Por el bien de la tradición, por lo menos.

Muy bien. Él tocó sus labios con los de ella, dándole un casto y dulce beso.

Y luego, como si el diablo lo guiara, el necesito mas

Antología: Dos novias escandalosas

Su primer sabor de ella fue una dulzura rica y mantecosa. Como pastel Ese pastel de bodas maldito que estaba destinado a compartir con otro hombre. Quería robar ese sabor de su boca y quemarlo en cenizas.

Él barrió su lengua entre sus labios. Explorando, reclamando. Él deslizó su mano hacia la parte posterior de su cabeza y entrelazó sus dedos con su cabello, inclinando su rostro hacia el suyo para profundizar el beso. Ella presionó más cerca, y la exquisita suavidad de su cuerpo hizo que su piel se tensara y su sangre latiera con fuerza.

Dentro de él, el deseo se encendió y se extendió como un fuego.

Natural. Salvaje. Sin control.

Esto estaba destinado a ser un beso de buenas noches. Un dulce roce de labios contra labios antes de quedarse dormido. En cambio, sus deseos enterrados durante mucho tiempo fueron despertados y tentados. Rugiendo a la vida con una ferocidad que lo sobresaltó incluso a él.

Ansiaba explorar cada parte de ella con sus manos. Ahueque sus senos en sus palmas, pasar sus dedos por su dulce y caliente hendidura. La quería debajo de él. A horcajadas sobre él. Presionada contra la pared. Doblada sobre la mesa, con todo ese encaje espumoso empujado hasta su cintura.

Quería que ella lo llamara, abrazándolo con fuerza. Quería quedarse dormido enredado con ella y despertarse con ella en sus brazos.

Quería todo lo que ella tenía para darle, y más.

Mary, Mary

Un golpe de madera y hierro los sacudió a ambos. El beso se vino abajo, pero mantuvo a Mary cerca.

Dos siluetas humanas llenaron la puerta entre el dormitorio y la cocina. —Quienquiera que seas, —dijo una voz amenazante, —es mejor que te prepares para morir.

Capítulo 4

En la escalofriante oscuridad, Mary agarró a Sebastián con fuerza. Su corazón se estremeció como el de un conejo en su pecho.

Empujando la colcha a un lado, Sebastián la dejó escapar de sus brazos y silenciosamente balanceó sus piernas a un lado de la cama. Ella sintió que sus músculos se enroscaban por la tensión.

Se estaba preparando para pelear.

—No te asustes—, murmuró. —Te mantendré a salvo.

Ella exhaló temblorosa. Por supuesto que él lucharía para mantenerla a salvo, era tan desinteresado de esa manera, pero ella también necesitaba que él estuviera a salvo.

Mientras parpadeaba, sus ojos se acostumbraron a la tenue y parpadeante luz del fuego. Las dos siluetas en la puerta pertenecían a un hombre y una mujer. El hombre blandió un arma larga y de cañón redondo. Un rifle.

Ten cuidado, Sebastián.

El hombre apuntó su arma.

Sebastián se levantó a su altura completa e imponente, moviéndose entre Mary y la puerta. En la línea de fuego.

Les dio a los intrusos una sola y estruendosa palabra. —Váyanse.

—Señor, protégenos—. El arma del hombre tembló. Sospechaba de un temblor terrible, no de ira. Ella entrecerró los ojos y miró alrededor del torso de Sebastián. Por el amor de Dios, no era nada más peligroso que una escoba.

—¿Qué clase de demonio eres?

—Debería preguntarte yo eso.

—Es un demonio, estoy segura—, dijo la mujer. —Desnudo como el pecado. Formado como el mismo Lucifer.

—Váyanse al infierno, — dijo Sebastián, cada palabra una amenaza distinta. —ustedes dos. O romperé sus miserables cuellos con mis propias manos.

Por un momento tenso, nadie se movió.

Finalmente, el hombre que empuñaba la escoba rompió el silencio. —vamos, Fanny.

La mujer se precipitó hacia adelante, gimiendo como una valquiria y alzando un garrote contundente sobre su cabeza, uno que, a los ojos de Mary, parecía ser un rodillo.

Golpeó a Sebastián en el brazo. —Toma eso, engendro del diablo asqueroso. Ve de vuelta al fuego y al azufre contigo.

Sebastián, claramente reacio a atacar a una mujer, se agachó y levantó los brazos para protegerse la cabeza. Él le dio la espalda.

Fanny se deslizó a su alrededor en círculos, golpeándolo sobre los hombros. —Ten eso—. Golpe—Y eso—. Aporrear —Te reprendo.

Mientras tanto, el hombre permaneció en la puerta, aparentemente contento de dejar que su contraparte femenina luchara por los dos.

Bueno, Mary decidió que dos mujeres podían jugar en este juego.

Saltó de la cama y se lanzó hacia la mujer, golpeándola contra la pared. —deja eso, arpía.

—Quítate de encima, consorte del demonio. Regodeándose con el diablo en mi cama

—Eso no es un demonio—. Mary encontró la oreja de la mujer y le dio un tirón. —Ese es tu maestro, al que estás golpeando.

Fanny jadeó. Ella arrojó a un lado el rodillo y, por el grito de dolor de Sebastian, Mary dedujo que la cosa había rebotado en los dedos de sus pies.

—Dios nos mantenga—, suspiró Fanny. —Dick, es Lord Byrne.

—Señoría. —El hombre de la puerta, Dick, supuso, se quitó el sombrero de la cabeza y se inclinó. —Dick Cross. Soy el cuidador. Y esta es la señora, Fanny. No le habíamos esperado. Mil disculpas, milord.

—Mil no es suficiente—. Sebastián sacó el edredón de la cama y lo envolvió alrededor de sus caderas. —Intenta multiplicar eso por un factor de cien.

Dick arrastró los pies. —El cálculo nunca fue mi punto fuerte, milord.

Antología: Dos novias escandalosas

Ignorándolo, Sebastian fue hacia Mary. —¿Estás herida?

—No. De ningún modo.

Se volvió hacia el cuidador y su esposa. —Eso es un golpe de suerte para ustedes dos.

—Entonces le dejaremos en paz—. Fanny recogió su rodillo y avanzó hacia la puerta, tirando de su marido con ella. —Lamento mucho haber interrumpido su noche de pecado.

—No es una noche de pecado.

—Nos iremos enseguida y le dejaremos estar con su dama de la noche.

Sebastián resopló de ira. —Que esta...

—Vamos, vamos. Sin vergüenza mi Lord—, agregó. —Sólo Dios puede juzgar. Quizás la fornicación sea perdonada por las clases altas. Dispensaciones especiales de la Iglesia, sin duda.

—Debo decir que es justo, —agregó Dick. —Una vista mejor que las mozas que caminan por los muelles.

Fanny golpeó a su esposo con el rodillo. —¿Qué sabrías de las mozas que caminan por los muelles?

—Déjame solo, mujer. No es asunto tuyo. Mi Lord no haría tratos con ese tipo. Consigue los productos de calidad.

—Suficiente—. Sebastián agarró al cuidador por la camisa y lo puso de puntillas. —Insulta a mi esposa una vez más, y te meteré esa escoba por el culo.

—Y tú... —Sus ojos se posaron en Mary.

—¿Su esposa?

—Sí. Mi mujer. Lady Byrne A partir de hoy.

—Disculpas, milord. Miladi. No recibimos ninguna palabra de que se habías casado. Ni un aviso de que planeaba estar en la residencia.

—Puedo ver por el estado de esta cabaña que no lo hiciste. No es que sea una excusa. Imagine mi disgusto cuando llevo a mi esposa a una luna de miel junto al mar, solo para encontrar el lugar en completo desorden. Debe mantener la casa preparada en todo momento. En cambio, llegamos para encontrar este lugar sucio y en mal estado.

—Nos hemos sentido mal.

Antología: Dos novias escandalosas

—Oh, te enseñaré lo que es sentirse mal.

Mary decidió intervenir. Le puso una mano en el brazo suavemente. —Sebastián.

Fue suficiente.

Su comportamiento se suavizó. Hizo un gesto hacia la puerta. —Vete, los dos.

—Ey ey. Entonces vamos a estar en la cocina.

—Estarán en el granero—, dijo. —Discutiremos el estado de su empleo, o la falta de él, mañana.

Después de que la pareja se fue, Mary y Sebastián regresaron a la cama. Él la giró para que su espalda descansara contra su pecho, acunando su cuerpo alrededor del de ella. Manteniéndola cálida y segura.

Sus párpados se volvieron pesados. Cielos, qué día. Parecía imposible darle la vuelta a todo. Una decepción, una fuga, una casita para su luna de miel decrepita.

Y un beso ardiente y apasionado. Si un solo beso pudiera crear tal torbellino de sensaciones, solo podía imaginar cómo sería hacer el amor. Era un buen augurio para la luna de miel, pensó. Si tan solo no hubieran sido interrumpidos.

Mary apretó los labios, tratando de no reírse. Al final, no pudo evitarlo.

Ella se disolvió en risa.

—¿Qué?

—El rodillo. El cifrado. Todo.

—No es divertido.

—De lo contrario. Es muy divertido. Nunca antes me habían llamado consorte del demonio. Te reirás de eso mañana.

—Dudoso.

—Muy bien. Tal vez te reirás de eso el próximo año—. O tal vez la década siguiente.

—Ve a dormir—, se quejó.

Solo por esta vez, ella decidió obedecer su orden.

Capítulo 5

Mary fue la primera en despertarse. El fuego en la cocina se había enfriado, así que se retorció hacia atrás, curvándose hacia el calor de su cuerpo. Él gruñó un poco mientras dormía. La dura y ardiente cresta de su erección sobresalía contra su muslo. Apparently, una parte de él estaba despierta. Una gran parte.

Sus propios lugares íntimos se suavizaron. Sintió un agudo y hueco dolor de curiosidad.

Lenta y sigilosamente, se volvió para mirarlo, tratando de reunir el coraje para echar un vistazo debajo de la colcha. Sin embargo, sus investigaciones carnales quedaron de lado cuando ella vio su rostro.

Se veía tan diferente mientras dormía. Menos problemático, más vulnerable. Ella le acarició el pelo grueso y leonado de la frente.

Aquí estaba, la pequeña cicatriz del resplandor solar justo debajo de la línea del cabello.

Recordó la noche en que le habían dado esa herida. Mary había sido la única despierta, sentada en la cocina con una taza de té y leyendo unos papeles. Sebastián había tropezado con la casa mucho después de la medianoche, con los ojos ennegrecidos y la sangre fluyendo desde la línea del cabello hasta la barbilla.

Mary había dejado a un lado su trabajo de inmediato. Ella había limpiado sus heridas y aplicado una cataplasma a su ojo ennegrecido. Le había dicho que había estado en una pelea, alguien que conocía de Cambridge. Pero la historia era solo una historia. Sabía que ella había notado la notable similitud entre el corte del sol en la frente y la forma del anillo del sello de su padre.

Y sabía que Sebastián había notado el trabajo que la mantenía despierta hasta tarde. Había estado corrigiendo los errores en los contratos que su padre había redactado para un cliente. Ese fue el momento en que su mente acababa de comenzar a fallar.

Antología: Dos novias escandalosas

Tenían estos pequeños secretos, los dos. Siempre tácito y, sin embargo, siempre entendido.

Presionó un beso en su cicatriz.

Se estiró y bostezó, luego se volvió para mirar el techo de arriba. —Esperaba que esta cabaña hubiera sido una pesadilla—. Se levantó de la cama y fue a buscar sus pantalones. —Voy a llevar a Shadow a la aldea y encontraré la herrería. Una vez que haya este nuevamente herrado, volveré a cabalgar y nos iremos a Ramsgate de inmediato —. Se sacó la camisa por la cabeza. — Mantente en cama. Duerme un poco más.

Mary asintió somnolienta y se llevó la colcha a la barbilla.

Sin embargo, en el momento en que la puerta se cerró detrás de él, ella saltó de la cama. Saco su vestido más simple y sencillo de las profundidades de su baúl, se vistió de prisa y echo un vistazo a la cabaña.

Anoche, no había explorado nada de eso, aparte de la cocina y la pequeña habitación que ahora entendía que era la habitación de Dick y Fanny.

La cabaña no era grande y había sido muy descuidada, pero con un poco de trabajo podría ser una casa encantadora. Abajo, exploró un salón con una gran chimenea ideal para noches acogedoras y un comedor que no era lo suficientemente grande para una fiesta, pero más que suficiente para dos.

Una biblioteca completaba la planta baja, y todavía era la habitación favorita de Mary. Las estanterías cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo, y un enorme escritorio de caoba alojado junto a la ventana, emitiendo un desafío: solo intenta moverme.

Ella no deseaba hacer el intento.

En cambio, se sentó en el escritorio y pasó las palmas sobre la madera brillante. Cuando inhaló, sus pulmones se llenaron con los aromas de cuero, tabaco y libros viejos. Una poderosa ola de recuerdos la atravesó.

La biblioteca se parecía mucho a la de papá.

Henry nunca se había interesado en la ley, pero a Mary le encantaba ver trabajar a su padre. Se llevaba algunos a la cama en las noches en que no podía dormir, atravesaba la casa de puntillas hacia su estudio. Allí, ella lo

Antología: Dos novias escandalosas

encontraría estudiando detenidamente una referencia legal o tomando notas en un contrato. No la regañó ni la persiguió hasta la cama. En cambio, la llevaría a su regazo y le explicaría cualquier tarea que se le presentara, en un lenguaje simple, pero nunca condescendiente.

Su padre había creído que las niñas deberían ser educadas en las mismas materias que los niños, y él había alentado a Mary a que formara sus propias opiniones y las compartiera con confianza.

Lo más importante, siempre había hecho tiempo para ella.

Lamentablemente, su tiempo en la tierra había sido demasiado corto. Ella lo extrañaba todos los días.

Tragando el nudo en su garganta, dejó el estudio y subió las escaleras para explorar las habitaciones de la cabaña. Había tres en total. Dos habitaciones pequeñas y una más grande para el amo y la ama de la casa.

Se acercó a la ventana y la abrió por completo. Una vista impresionante la saludó. El mar azul verdoso, cubierto de capas blancas y brillantes por el sol.

Hermosa.

Presionó una mano sobre su corazón. En muy poco tiempo, se había enamorado de esta cabaña.

Era el lugar perfecto para una luna de miel.

No se irían a Ramsgate hoy. No si ella tenía algo que decir al respecto.

Sin embargo, si tenía la intención de convencer a Sebastián, no tenía tiempo que perder.

Salió y encontró el pozo. Una vez que había sacado un cubo lleno de agua, lo tomó con ambas manos y, en lugar de llevarlo dentro de la cabaña, se dirigió directamente al granero, donde Dick y Fanny Cross roncaban sobre un montón de paja.

Ella arrojó el agua sobre ellos. —Despierten.

El cuidador y su esposa saltaron a la vida, balbuceando.

—No me encontrarán una ama fácil de complacer—, dijo Mary, —pero en este momento soy tu mejor amiga. Si quieren tener alguna esperanza de mantener

Antología: Dos novias escandalosas

sus posiciones es mejor que te despierten y se preparen para trabajar. ¿Me entienden?

El cuidador luchó por ponerse de pie. —Sí, mi lady.

—Bien—. Puso el cubo a los pies del cuidador. —Puedes comenzar sacando más agua y llevándola a la cocina. Fanny, recoge escobas, trapos, jabón y un poco de vinagre.

Fanny asintió con la cabeza.

» Esta cabaña, o al menos una parte justa de ella, estará presentable para cuando tu señor regrese—. Mary arqueó una ceja. —O prepárate para enfrentar la ira de la consorte del demonio.

En una hora, barrieron la cocina y tiraron las telarañas desde los rincones. Mary había fregado los cristales de las ventanas con vinagre y una gota de aceite de limón. Dick trajo huevos del gallinero y Fanny sacó pan, un trozo de tocino y un poco de mantequilla. En el armario, Mary encontró un frasco de conservas y un tarrito de té cerrado. Rompió la cerradura oxidada con un cuchillo y fue recompensada con un pequeño alijo de té útil, aunque un poco rancio.

Cuando hirvió la tetera, los huevos y el tocino se frieron, y el pan rebanado para tostar, su cabello comenzó a soltarse y la transpiración le salpicó la frente. Tenía la intención de lavarse la cara y ponerse guapa antes de que Sebastián regresara, pero no tuvo la oportunidad. El golpeteo de los cascos recién cambiados de Shadow en el camino le dijo que ya había regresado.

Se acarició el pelo, se desató rápidamente el delantal y lo dejó a un lado. En el último segundo, ajustó el ramo de flores silvestres que había elegido por capricho antes y lo metió en un jarrón.

Cuando Sebastián entró por la puerta, juntó las manos y trató de no parecer tan ansiosa como se sentía por dentro. Qué tonto, que ella estuviera nerviosa. Pero tal vez fue natural. Esta fue su primera mañana como esposa, y se encontró ansiosa por la aprobación de su esposo. Tal vez él estaría impresionado por todo lo que ella había logrado en solo unas pocas horas, y luego abrazaría la idea de la felicidad doméstica.

Mi amor, has hecho un milagro. No puedo imaginar cómo viví sin ti.

Antología: Dos novias escandalosas

En verdad, eres la mejor esposa.

—Buenos días—. Ella sonrió y se preparó para recibir sus elogios.

En cambio, sacudió la cabeza. —Mary, ¿qué has hecho?

* *

Sebastián hizo un gesto amplio hacia la cocina. —¿Que es todo esto?

Mientras observaba, la sonrisa desapareció de su rostro. —Es el desayuno—, dijo. —E hicimos un poco de limpieza.

La cocina no había sido simplemente "limpiada". Había sufrido una transformación completa.

Las arañas habían sido expulsadas de las esquinas, y la gruesa capa de polvo había desaparecido de la repisa de la chimenea. El olor a aire fresco del mar entraba por la ventana abierta, y un par de cortinas de encaje ondeaban al viento. Todo en el lugar había sido fregado y pulido hasta brillar. Incluso el piso parecía haber sido fregado.

Ella debe haber trabajado cada minuto bendito que él había estado fuera. Aún más impresionante, parecería que ella también convenció a Dick y Fanny Cross de hacer algo de trabajo.

La cosa más bonita de la habitación, por supuesto, era la propia Mary. Ella era encantadora como una pintura holandesa. Se había vestido con un vestido verde salvia con manga corta y delicados bordes de encaje. Su piel parecía brillar a la luz de la mañana, y sus mejillas se ruborizaron. Llevaba el pelo castaño rojizo en un nudo suelto y al azar, y mechones sueltos se habían enroscado en las sienes y la nuca.

—Parece que alguien pisoteó tu nuevo sombrero—, dijo. —No te gusta?

—No es que no me guste. No deberías haberte metido en todos estos problemas, eso es todo. Nos vamos a Ramsgate esta mañana.

—Sí, sobre eso... — Se mordió el labio inferior. —Al menos desayunemos primero. Tengo hambre. Y si tengo hambre, debes estar hambriento.

Antología: Dos novias escandalosas

Sebastián se estaba muriendo de hambre. No había comido nada desde el desayuno de ayer, y eso podría haber sido el año pasado. Pero desde ese beso de anoche, otro tipo de hambre lo estaba atormentando. Estaba hambriento por su esposa.

Mientras ella cargaba un plato para él, él se lavó las manos. Luego se sentó a una fiesta. Huevos fritos, tocino, pan tostado con mantequilla y mermelada. ¿Cómo había logrado todo esto?

Come primero, le gruñó el estómago. Hablamos luego.

Atacó su comida, derribando cuatro huevos, dos lonchas de tocino y seis puntos de tostadas con mantequilla en cuestión de minutos.

Ella llenó su taza de té por tercera vez. ¿Se sientes humano otra vez?

Cuando ella se inclinó sobre la mesa para servirle el té, pudo ver no solo las dulces y abundantes curvas de sus senos, sino también el oscuro y secreto valle que los separaba. Si no lo supiera mejor, habría pensado que ella tenía la intención de darle una vista tentadora.

—He estado pensando—. Apoyó un codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la mano. —En lugar de ir a Ramsgate, tal vez podríamos quedarnos aquí.

—No. —Drenó su té y dejó la taza con autoridad. —No vamos a pasar otra noche en esta cabaña.

—Pero...

—Te llevaré a una posada. O un hotel. El mejor establecimiento que Ramsgate tiene para ofrecer, sea lo que sea.

Y dondequiera que se quedaran, exigiría la mejor habitación. No solo una habitación, sino una suite. Un apartamento con bañera profunda y comedor privado.

Y, lo más importante, habitaciones separadas.

Anoche, ese simple beso de buenas noches casi había sido su ruina. Esta mañana él estaba esclavizando como un perro, después de solo echar un vistazo a sus senos. Si volviera a compartir una cama con ella esta noche, se arriesgaría a perder todo el control.

—Pero Ramsgate es tan popular en esta época del año. Estará lleno de mujeres de vacaciones. Demasiados ojos curiosos. Alguien nos reconocerá, y luego los rumores estarán por toda Inglaterra.

—A menos que estemos visitando las tiendas o la costa, no llamaremos la atención.

Ella se rio para sí misma. —Sebastián, eres como una exposición ambulante de escultura griega. Donde quiera que vayas, atraes la atención. Una vez que vamos juntos a la ciudad, también podemos poner un aviso en el Times. ¿No podemos quedarnos aquí y evitar los chismes? En solo una mañana, ya he mejorado la cocina. Dame unos días más y verás que esta cabaña será realmente encantadora.

Él cedió. —Muy bien. Si eso es realmente lo que quieres.

—Es lo que quiero. Si no fuera así, sabes que no dudaría en decírtelo.

—Esto es cierto—. Golpeó con el dedo el borde de la mesa. —Pero tengo una condición. Debemos hacer algo sobre nuestros arreglos para dormir.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Ella se apartó de la mesa. —Por eso tengo algo que mostrarles arriba.

Capítulo 6

Sebastián la siguió escaleras arriba, sintiéndose extrañamente cauteloso. ¿Qué tipo de sorpresa tenía en mente?

—Lo encontré en el ático—, dijo en el camino. —Debe tener siglos de antigüedad. Lo desempolvamos con trapos, y Dick lo trajo a esta habitación. Es la más grande. — Ella lo condujo a un dormitorio que se bifurcaba en el pasillo e hizo un gesto con el brazo hacia una esquina. — ¿Ves? Es una cama.

Sebastián parpadeó ante el revoltijo de maderas. —Eso no es una cama. Eso es leña.

—Es una cama desmontada. Y creo que tendrías dificultades para quemarlo. Es más pesado que los ladrillos. —Levantó un extremo de una tabla. —Ni siquiera sé qué tipo de madera es esta.

Pasó los dedos sobre la superficie y examinó el grano. —Tampoco estoy seguro—. Cogió una pata de madera torneada. ¿O fue un final? El tiempo había cubierto la madera con una pátina oscura e impenetrable que ni siquiera podía sacar con su uña.

—No creo que sea inglés. ¿Qué estilo de tallado crees que es? —Ella se inclinó hacia él y le ofreció una pieza decorada con una cadena de flores silvestres estilizadas.

Él se encogió de hombros. —Sueco, tal vez?

—Bueno, de donde sea que venga, vamos a usarlo para dormir esta noche. Ya le dije a Fanny que rellenara un colchón con paja fresca. Solo tenemos que armar el marco. Todas las piezas parecen estar aquí. —Cogió una tabla y la levantó, observando las dimensiones. — ¿Crees que esto es un listón, tal vez? —Ella inclinó la cabeza para mirarlo desde otro ángulo. —¿O un riel?

Encogiéndose de hombros, lo llevó al centro de la habitación y lo dejó en el suelo.

Antología: Dos novias escandalosas

Sebastián hurgó en la pila de tablones y piezas. —Juntas simples de mortaja y espiga. No debería tomar mucho tiempo—. Eligió dos piezas que parecían haber sido talladas para encajar, y la espiga se deslizó en la mortaja como una mano en un guante ajustado. —Esa es una articulación conectada.

Mary se detuvo en el acto de colocar una segunda tabla junto a la primera, alineando sus bordes inferiores para compararlos. —Oh no. No vamos a hacer todo esto a toda prisa. No sabemos si esas dos piezas van juntas.

—Por supuesto que lo hacen. Fueron hechos para encajar.

—No puedes estar seguro de eso.

Levantó el porro por ella, deslizando la espiga dentro y fuera de su ranura varias veces. —¿No es eso prueba suficiente?

—Quizás hay dos que encajarían en el mismo agujero.

—Bueno, no sé cómo propones completar esta cama sin unir las piezas. ¿Encontraste un folleto en el ático con instrucciones? ¿En sueco?

—Por supuesto que no. Por eso necesitamos un plan. Ahora, vamos a organizar todas estas piezas ordenadamente en filas primero, colocándolas en el piso para que podamos contar y comparar. Pondremos una pequeña marca en los similares. Tablón A, tablón B, y así sucesivamente. Luego trazaremos un diagrama en el suelo y...

—Pensé que querías dormir en esta cama esta noche. No la semana que viene.

—¿Qué hay de malo en planificar primero?

—Lo estás haciendo más complicado de lo que debe ser—. Levantó la cabecera ancha y plana y la colocó contra la pared. —¿Es aquí donde lo quieres?

—Un poco a la izquierda—. Ella lo saludó a un lado. —No, de vuelta a la derecha un poco. Allí.

Puso la pieza en el suelo, luego volvió a la pila de maderas y seleccionó la más grande. —Esto va al pie de la cama.

—¿Estás seguro?

Antología: Dos novias escandalosas

—Sí—. Levantó la tabla con un gruñido, la giró y la colocó paralela a la cabecera. —Mantén eso en su lugar.

Ella sonó escéptica. —Así que ya has hecho esto antes, ensamblar camas.

—Un montón de ellas.

—¿Un montón de ellos? ¿Cuándo y dónde fue eso?

Dio un gemido estrangulado de impaciencia. —Solo confía en mí, Mary. Lo tengo todo bajo control. Esto nos tomará solo unos minutos.

* *

Una hora después.

Mary se puso de pie y masajéó el músculo retorcido en la parte baja de su espalda. —Todavía no está bien. Ese no va allí.

—Sí, lo hace— Mientras ella observaba, Sebastián intentó una vez más empujar la lengüeta de madera de un riel en la ranura tallada en una pata.

— ¿Ves? No encaja.

—Encajará. No quedan otras piezas que puedan servir.

—Es probablemente una de las piezas que ya hemos usado. Podría estar en cualquier parte. Hizo un gesto hacia el marco de la cama a medio terminar. — O tal vez la pieza correcta nunca estuvo aquí para empezar. Por eso quería hacer un plan, ya sabes.

Él la miró. —No seas así.

—No sé de qué manera? ¿Verdad? — Ella soltó un suspiro y se apartó un mechón de pelo de la mejilla. —No hay nada más que hacer. Tendremos que desarmarlo y comenzar de nuevo.

Maldijo con pasión. —No estamos desarmando la cosa. Y esta pieza encaja. — Miró fijamente la madera, como si pudiera forzarla a someterse a través del puro poder de la crianza masculina. —Solo necesito un mazo.

Antología: Dos novias escandalosas

— Creo que yo necesito un mazo, — se quejó.

— ¿Qué?

— Nada—, chilló con brillante inocencia. —Te encontraré ese mazo inmediatamente.

* *

Dos horas después de eso.

Mary se sentó en la esquina de la habitación con las rodillas abrazadas contra su pecho.

Con una mueca de esfuerzo, Sebastián le dio a la llave de la cama un último giro para apretar las cuerdas. —Allí.

Mary observó mientras arrastraba la marca del colchón recién relleno sobre el marco.

Ella habría ofrecido ayudar. Pero en este punto, ella sabía que no debía tocar, ni siquiera respirar, mientras el progresaba en su trabajo. Y Dios no quiera que ella haga una sugerencia útil.

Retrocedió, se enderezó y usó la manga para limpiarse el sudor de la frente. —Terminado.

Se quedó mirando la cama mordiéndose la lengua.

— ¿Bueno...? — Apoyó las manos en las caderas.

—Te dije que lo haría, lo arme.

—Sí, pero...

— ¿Pero qué, Mary? ¿Pero qué?

—Pero quedan tres tablas—. Se puso de pie y señaló. — ¿A dónde van?

Se encogió de hombros con un solo hombro. —Debe ser excedentes.

— ¿excedentes? ¿Qué cama centenaria viene con piezas sobrantes?

Antología: Dos novias escandalosas

—Ésta.

Se frotó las sienes.

—No importa—. Dio un paso hacia atrás. —Es lo suficientemente resistente como para sostener un buey. Sólo mira.

—Sebastián, espera.

Dio dos pasos corriendo y se lanzó a la cama, girando en el aire para aterrizar de espaldas. directamente hundido en el centro del colchón

—¿Ves? — Él cruzó las manos debajo de la cabeza y la miró con aire de suficiencia. —"Te dije que era bi...

Choque.

Un lado del marco de la cama se derrumbó bajo su peso, inclinando el colchón en ángulo y empujándolo al suelo.

Mary se quedó muy callada.

Miró fijamente al techo. —vamos dilo.

—¿Que?

—Sé que lo estás pensando. Es mejor que salgas con eso.

—No estoy segura de lo que quieres decir—, mintió.

—Sí lo sabes.

—Vamos abajo a tomar té.

—Por el amor de Dios, Mary. Sé que lo estas pensando. Solo dilo ahora.

—Yo no...

—Dilo.

—¡Te lo dije! —, Gritó ella. — ¿Es eso lo que quieres oír? Te dije que esto sucedería. Te dije que lo estabas haciendo mal.

Miró hacia el techo, furiosamente silencioso.

Mary, sin embargo, apenas comenzaba. » Quería hacer un plan. Pero noooo. No necesitas un plan. Has armado montones de camas. Sabes exactamente

Antología: Dos novias escandalosas

qué piezas encajan en dónde. Porque tú, como todos los hombres, tiene una pepita mágica de experiencia en ensamblaje de muebles que cuelga en su cerrojo izquierdo. —Lanzó una mano hacia las tablas no utilizadas. —¿excedentes? ¿Me estás diciendo que los artesanos suecos del siglo XVI enviaban excedentes?

Finalmente se levantó del suelo. —Yo —se clavó un dedo en el pecho—, te dije—, el dedo se volvió hacia Mary, —que deberíamos ir a Ramsgate. Donde ya tienen camas. Camas ensambladas. Camas confortables. Camas simplemente sentadas allí en habitaciones bien equipadas, esperando que alguien las use.

—No quiero ir a Ramsgate.

—Sí, así que me lo dijiste. Estás muy interesada en evitar los chismes. Dios no permita que te vean conmigo en público.

Su barbilla se sacudió. —¿Qué?

—Quiero decir, podrías haber estado casada con Giles Perry, el hijo de un abogado con una prometedora carrera política. En cambio, estás con el desgraciado Lord Byrne. El que ensucia sus manos en el comercio, porque su padre condujo la finca hasta el borde de la insolvencia y solo no pudo llevarla al límite porque bebió hasta la muerte primero. Esas damas de vacaciones chasquearían la lengua, ¿no? Toda Inglaterra estaría sacudiendo la cabeza.

—Sebastián. No puedes pensar que me da vergüenza haberme casado contigo.

—Por supuesto que no, —dijo burlonamente. —Prefieres pasar la semana acurrucada conmigo en una cabaña destartalada, fregando pisos y armando muebles, cuando podrías quedarte en el mejor balneario.

—Lo prefiero.

—Para estar seguro—. Rodó los ojos al techo. —¿Por qué no lo harías? Solo mira toda la diversión que estamos teniendo en este momento.

Ella sacudió su cabeza. —No puedo creer esto.

—Bueno, no te puedo creer. Está claro que estás tratando de persuadirme para que me quede aquí. Jarrones de flores sobre la mesa, desayuno—. Le dio a la cama sin terminar una mirada de asco. —Esto.

Antología: Dos novias escandalosas

—Bueno, perdóname por intentar hacer que nuestra cabaña de luna de miel sea un poco romántica.

—No se supone que sea romántico. Fuiste dejada por tu novio. Entré para casarme contigo por lealtad a tu hermano. No es como si nos tomáramos de las manos y huyéramos hacia la puesta de sol, Mary—. Él la barrió con una mirada fría. —No estamos enamorados.

Sus palabras la golpearon en el pecho con tanta fuerza que no podía respirar.

Y ella no tenía ninguna razón lógica para sentirse herida. Solo decía la verdad. Simplemente no se había dado cuenta, hasta este momento, de cuánto deseaba que la verdad fuera diferente.

—Yo... — Ella parpadeó rápidamente, reprimiendo una lágrima caliente.

Se pasó las manos por el pelo y maldijo. —Mary, no me escuches. Los dos estamos exhaustos y...

—Está bien, Sebastián. No necesitas explicarlo—. Mary retrocedió hacia la puerta. Ella tenía que escapar de esta habitación. Las paredes se cerraban sobre ella, apretando su corazón. —Podemos partir hacia Ramsgate cuando esté listo.

Capítulo 7

Sebastián tardó unos cinco segundos en darse cuenta de lo bastardo que había sido. Sin embargo, él se obligó a esperar unas horas antes de intentar decirle eso. Ella necesitaba tiempo y espacio para respirar, y él también.

Como penitencia, hizo exactamente lo que ella había sugerido desde el principio.

Desarmó toda la maldita cama, clasificó las piezas por tamaño y función, marcó un contorno en el suelo y no lo sabría. Todo encaja como debería.

Cuando finalmente fue a buscarla, ella no estaba en la cabaña. Buscó en cada habitación, cada vez más preocupado, hasta que regresó a la habitación principal y miró por la ventana. Estaba junto al agua, caminando por la orilla arenosa.

Se abrió camino por el sinuoso camino hacia la playa. Cuando ella apareció a la vista, él se detuvo un momento para recuperar el aliento.

Su hermoso perfil era para él mientras miraba hacia el océano. La brisa azotaba su vestido de verano y jugueteaba con los mechones sueltos de su cabello. Antes de seguir caminando, se detuvo y se inclinó para recoger algo de la arena, agregándolo a una colección en su palma.

—Mary! — Corrió por la playa hasta llegar a su lado. Una vez que la alcanzó, buscó en su cerebro las palabras correctas. Solo tres le vinieron a la mente. — Soy un imbécil.

Ella agachó la cabeza. —No eres el único.

Caminaron juntos.

—¿Qué es lo que estás recolectando? —, Preguntó.

—Conchas de berberecho—. Las levantó para que él las viera. —No pude resistir.

Mary, Mary, que contradicción, ¿cómo crece tu jardín?

Antología: Dos novias escandalosas

Con campanas plateadas y conchas de berberecho, y bonitas criadas en una fila.

Cada vez que ponían a discutir, Henry se burlaba de ella con esa rima, incluso más allá de la edad en que deberían haberla superado. Sebastián supuso que eso era lo que hacían los hermanos.

Hojeó su pequeña colección con la punta de un dedo. —Tal vez los ponga en el jardín, con algunas campanas de plata y bonitas criadas en una fila. Sería un lindo recuerdo, ¿no?

—Creo que le gustaría eso. Una oportunidad para burlarse de más allá de la tumba.

—Henry tenía un punto. He tratado de moderar mi inclinación hacia la contrariedad, pero nunca parece funcionar. Soy la hija de mi padre, y está en mi sangre. Un poco de debate fue como un juego para nosotros. Uno que ambos disfrutamos—. Ella lo miró con cautela. —Pero sé que no es así en la familia de todos.

Ciertamente no había sido así en la casa de Sebastián. No había discusiones afables entre sus padres. Solo amenazas y acusaciones y el sonido de porcelana rompiéndose contra la pared.

—Trataré de ser más paciente—, dijo.

—Trataré de no tener razón todo el tiempo—, bromeó. —Supongo que esto significa que nuestra primera discusión como una pareja casada está fuera del camino.

El nudo en su pecho se deshizo. Disculpas logradas, así como así. Había aprendido mucho de su tiempo en la casa de Clayton. Fue en esa casa donde aprendió a ser hombre.

Henry le había enseñado lo que significaba ser un amigo.

El Sr. Clayton le había enseñado lo que significaba ser responsable.

Mary le había enseñado lo que significaba anhelar. Sentir que había algo más debajo de la superficie de una amistad. Desear que supiera cómo sacar eso a la luz. Para preguntarse si alguna vez podría merecerlo.

Antología: Dos novias escandalosas

Se detuvo para recoger otra concha de berberecho y la giró entre sus dedos, inspeccionándola. Insatisfecha, ella lo tiró. —Imagina si me hubiera casado con Giles. Hubiera sido "Mary Perry, todo lo contrario". Qué terrible.

Él hizo una mueca. —Horrible, de hecho. ¿Por qué aceptaste su propuesta si no lo amabas?

—Considerando sus aspiraciones políticas, me dije que podía hacer algo bueno como su esposa. Eso fue antes de darme cuenta de que solo estaba motivado por la ambición. Realmente no le importaba servir a la gente. Me habría vuelto loca como su esposa, tratando de mantener mi lengua en compañía y apoyar sus posiciones políticas sin expresar mis propios pensamientos. Estoy tan aliviada que no tuve que casarme con él.

— ¿de verdad lo estás?

—Sí. De hecho, estoy más que aliviado. Estoy feliz.

Feliz.

La palabra hizo girar el cerebro de Sebastián.

Naturalmente, estuvo de acuerdo con la evaluación de que ella y Perry habrían hecho una pareja desastrosa. Lo había sabido desde el principio. Dejando a un lado las diferencias de opinión, el hombre simplemente no era lo suficientemente bueno para ella.

¿Pero podría realmente estar feliz de haber sido abandonada?

Eso fue demasiado para creer. Con toda probabilidad, simplemente estaba calmando sus propios sentimientos. Diciéndose a sí misma que era lo mejor, para aliviar el dolor.

Con el tiempo, haría todo lo posible para hacerla feliz en verdad.

—Tengo algo para ti—. Metió la mano en el bolsillo de su pecho, buscando su pequeño regalo. —Lo traje de vuelta de la aldea, pero lo olvidé antes, con todos los...

Sus cejas se alzaron. — ¿excesivos?

—Exactamente—. Él sonrió un poco. — Mientras estaba en la herrería con Shadow, hice que el herrero hiciera esto—. Él retiró el pequeño círculo de

Antología: Dos novias escandalosas

plata pulida y lo colocó en su palma. —Es solo temporal. Tendrás algo mucho más fino en la primera oportunidad. Pero por ahora, es, es lo mejor que puedo hacer.

Ella lo miró sin decir palabra.

Sebastián cambió su peso de un pie al otro. En la herrería, le había parecido una buena idea. Ahora que lo veía descansando en su delicada mano, el anillo parecía tosco y miserable. —No tienes que usarlo.

Ella puso sus dedos sobre él, cerrando el anillo en su puño. —Ciertamente lo voy a usar. No piense que lo devolveré ahora.

Exhaló aliviado.

Deslizó la delgada y humilde banda sobre su tercer dedo. » Fue considerado de tu parte traerlo—. Ella se estiró para besar su mejilla. —Gracias.

Cuando ella se apartó, él la rodeó con un brazo, manteniéndola cerca. Su mirada se posó en sus labios de color rosa pálido.

Irresistible.

Él la besó y ella se apoyó en su abrazo. Su vestido era maravillosamente delgado, y sus senos se derritieron contra él. Exploró su boca con movimientos posesivos de su lengua, tomando más, y luego aún más. Ella le ofreció todo lo que él pidió, y luego comenzó a quitarle a él también. Ella entrelazó sus dedos en la parte posterior de su cuello y se aferró con fuerza, haciéndolo el cautivo.

Amor, nunca me liberes.

Su mano comenzó a vagar por sí misma, barriendo su columna vertebral y sobre la llamarada de su cadera, llegando a asentarse en la curva de su trasero. Él flexionó sus dedos, reclamando un puñado de carne regordeta y atrayendo su cuerpo hacia el suyo con un movimiento firme y rápido. Su polla creció y se puso rígida, pulsando contra la suavidad de su vientre.

Él inclinó la cabeza y la besó por el cuello. Su pequeño jadeo de placer lo hizo hincharse de triunfo.

Más. Él quería más.

Antología: Dos novias escandalosas

Él acarició su pecho a través de la delgada muselina de su vestido, palmeando y amasando su suavidad. Su pezón se tensó. Rasgó el pico sensible, rozando su pulgar hacia adelante y hacia atrás en una caricia burlona. Ella gimió débilmente, y él cubrió su boca con la suya, bebiendo el sonido de su placer.

Cuando terminó el beso, preparó una disculpa falsa.

Me dejé llevar, no quise presionarte demasiado, iremos tan despacio como desees, etc.

Pero ella habló primero.

—Sebastián. — Se humedeció los labios. —Hazme el amor esta noche.

* *

Mary contuvo el aliento mientras lo miraba a los ojos.

Sebastián guardó silencio durante tanto tiempo que ella comenzó a volverse cohibida. Y confundido Acababa de explorar su cuerpo tan descaradamente y a fondo como un vikingo saqueando un pueblo medieval. ¿Cómo podría estar sorprendido por su pedido?

Sacudió la cabeza. —Es demasiado pronto.

—Estamos casados. Esta es nuestra luna de miel —, dijo. —Una vez que nos vayamos, tendrás asuntos comerciales, me instalaré en un nuevo hogar. Parece que no hay mejor oportunidad que ahora.

De hecho, le preocupaba que esta pudiera ser la única oportunidad. Si no forjaban una conexión fuerte antes de abandonar Kent, ella podría estar esperando mucho tiempo por otra oportunidad.

—Solo ha pasado un día—, dijo. —No has superado tu decepción.

—Te lo dije, no lo amaba. Tal vez debería estar triste, pero no lo estoy. Me siento aliviada.

—Eso no significa que estés lista para saltar a la cama conmigo.

Antología: Dos novias escandalosas

—Sin duda será incómodo la primera vez. Pero ese siempre será el caso, no importa cuánto tiempo esperemos—. Volvió la mirada hacia la playa vacía. —Además, hay poco más que hacer para divertirse. A menos que prefieras jugar cartas toda la noche.

Él gimió. —Jugar a las cartas contigo es como tratar de contener la marea: no hay forma de ganar.

—Muy bien—, dijo. —No hay cartas. Lo que nos lleva de vuelta a la cama. —Miró a lo lejos. —Sebastián, aunque no esperaba casarme contigo, siempre te he encontrado atractivo.

De hecho, ella nunca había captado la fuerza de esa atracción hasta que se dio cuenta de cómo sus sentimientos hacia Giles palidecían en comparación. Giles no la calentó por completo con solo una simple mirada. Ni siquiera la dejó tibia.

Ella dudó. —Por supuesto, no espero que digas que sientes lo mismo por mí.

Él la agarró por la barbilla e inclinó su mirada hacia la de él. —Tú—, dijo sombríamente, —te he deseado demasiado.

Oh.

Dulces cielos. Ella sabía que él diría algo amable. Él complementaría sus ojos, tal vez, o posiblemente su tez. Llámala bonita, tal vez. Pero su intensa confesión de deseo la había pillado completamente desprevenida.

Había ido a pescar algunos pequeños cumplidos, y de alguna manera había arponado a una ballena.

La tomó por los brazos. — Sé que disfrutas discutir, pero este es un asunto en el que no cederé. Tuvimos una boda apresurada, pero no vamos a apurar esto. No me enorgullece demasiado que sea un asunto apresurado y sin alegría. Pero voy a aprender cada centímetro de tu cuerpo, y tú aprenderás cada centímetro del mío. Y cuando sé que estás lista... cuando te esté doliendo tan ferozmente como me a doliendo por ti... es cuando te haré el amor. Ni un momento antes.

Oh Sebastián. Eso no requerirá casi tanto esfuerzo como piensas.

Su propio cuerpo no necesitaba más persuasión. Pero, ¿cómo iba a convencerlo?

Antología: Dos novias escandalosas

—Será mejor que regresemos—. Los giró en dirección a la cabaña y le ofreció el brazo. —Dick y Fanny nos están preparando una cena adecuada, me han dicho. Cuatro platos para servir en el comedor.

—Oh. Creo que están luchando por complacerte para que puedan seguir en tu empleo.

—deberían.

Al acercarse a la cabaña, vieron a un carruaje que subía por el camino.

—Está aquí. Gracias a Dios. —Sebastián se dirigió hacia la casa con renovado vigor.

—¿De quién es ese carruaje?

—Es mío. Envié un expreso desde Canterbury, diciéndole a mi ama de llaves que estaría aquí. Le pedí que enviara el carruaje con algunas de mis pertenencias desde Town.

Mary se demoró detrás de él cuando fue a saludar al cochero. Juntos, los dos hombres desabrocharon un baúl de la parte trasera del carruaje. Sebastián lo llevó adentro, abrió los pestillos y lo abrió.

—Es un milagro. Ahora estoy en posesión de camisas limpias, una maquinilla de afeitar, jabón de afeitar y polvo de dientes... Todas las necesidades modernas de una vida civilizada. — A ella, agregó: — Y tenemos un carruaje y un conductor. Podemos ir a donde quieras. Si Ramsgate no le conviene, puede elegir su destino. Balneario. El valle de Wye. El distrito de los Lagos. Los Cotswolds. Demonios, ¿por qué no París?

Mary se rió de su última sugerencia. En el interior, sus sentimientos estaban en conflicto.

Se le estaban acabando las excusas para quedarse en esta cabaña. Le encantaba este lugar, pero tenía que admitir que lo amaría mejor después de unos meses de reparaciones y limpieza profunda. Y para ser sincera, ella siempre había querido ver Cotswolds.

Pero lo que quería más que nada era evitar que Sebastián se alejara. Había dejado en claro que se sentía obligado por honor a observar un período de

Antología: Dos novias escandalosas

espera irracional e indefinido antes de que consumaran su matrimonio. Y, sin embargo, había confesado que la deseaba, justo ahora.

Te he deseado demasiado.

Un escalofrío viajó desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies.

Al conocer a Sebastián tan bien como ella, podía adivinar fácilmente a qué compromiso sacrificado había llegado para aliviar su conciencia. Mantendría su distancia de ella, de cualquier forma que pudiera. Dormir en camas separadas. Persiguiendo diferentes intereses. Enterrándose en cualquier trabajo que pudiera encontrar.

—No podemos irnos hasta después de la cena—, dijo. —Dick y Fanny estarán muy decepcionados, después de hacer todo ese trabajo.

—Los caballos también deben beber y alimentarse.

Mary juntó su coraje. —Ahora tienes ropa de noche. Y tengo vestidos que nunca tuve la oportunidad de usar. Como el Sr. y la Sra. Cross nos prometieron una cena formal, ¿por qué no nos vestimos como corresponde?

—Si quieres—. Se rascó la mandíbula. —Necesito un baño y un afeitado, de todos modos. ¿Vamos a cenar en una hora, entonces?

—Perfecto.

Capítulo 8

Mientras Mary desaparecía arriba para bañarse y vestirse, Sebastián adoptó el estudio como su propio vestidor. Se preocupó más por su apariencia que el día en que lo presentaron en la corte. Se frotó, se enjabonó, se afeitó, se peinó, se cepilló, se vistió y abotonó. Incluso limpió las botas con un brillo de espejo. Un gran galán no era, pero no quería decepcionar a Mary.

Siempre pensó que era una pena que ella nunca hubiera tenido una temporada adecuada en Londres. Supuso que no era algo que su padre hubiera podido permitirse. Los Clayton eran una familia establecida y muy respetada, pero el segundo hijo de un cuarto hijo de un caballero terrateniente no llegaba a tener mucho, si acaso tocaba algo de herencia. Así que no hubo un debut social para Mary, y ahora se había perdido el día de su boda, que debía ser la oportunidad de una novia para brillar.

Ella merecía haber sido admirada por decenas de caballeros, en varias ocasiones. La vida y las circunstancias lo habían impedido. Entonces Sebastián iba a prepararse, pararse al pie de esas escaleras y admirarla lo suficiente como para igualar a cien hombres juntos.

Dios Todopoderoso.

Quizás mil hombres juntos.

Bajó las escaleras con un vestido brillante de zafiro azul que capturó con precisión el tono brillante de sus ojos. Las perlas tachonaban el elegante alisado de su cabello castaño rojizo, de la misma manera que las encantadoras pecas salpicaban el estante pálido de su escote.

—Eres hermosa—, dijo, declarándolo como un hecho simple. Porque lo era.

Sus ojos azules se abrieron con sorpresa. Pero no debería haberse sorprendido.

» Siempre pensé que eras hermosa. Desde la primera vez que te vi.

—Oh, vamos. No lo creeré. Era la irritante hermana mayor de tu mejor amigo.

—Eras la irritante y hermosa hermana mayor de mi mejor amigo. Y yo era el típico adolescente, incapaz de pensar en otra cosa. Hubo veranos cuando solo estar en la misma habitación contigo casi me saca de mi piel.

Sus ojos se suavizaron. —Nunca supe que me admirabas así.

—Oh, te admiraba—. Él la miró. —Te admiraba mucho, y a menudo. A veces más de una vez al día.

Ella le dio un puñetazo juguetón en el hombro. —Sebastián Lawrence Ives.

Por Dios, él era un bastardo egoísta. Había pasado más de una hora preparándose solo para sus ojos, y todo lo que él quería era darle la vuelta, llevarla directamente de regreso al dormitorio, y darle un momento deslumbrante que deshiciera todo su esfuerzo en cuestión de segundos.

Sebastián arrastró sus pensamientos de regreso al comportamiento caballeroso adecuado. No debería, no le haría el amor esta noche. Él desterraría el pensamiento por completo.

Naturalmente, las siguientes palabras de su boca fueron: —Me di cuenta de que montaste la cama—. Tanto para desterrar sus pensamientos.

Él tomó su mano, se inclinó sobre ella y le besó los dedos. —Lady Byrne. ¿Puedo tener el honor de acompañarte a cenar?

—Gracias, Lord Byrne. Puedes.

* *

Mary envió una oración silenciosa mientras él la conducía al comedor, donde la mesa había sido puesta con los mejores platos desportillados y cubiertos que la cabaña tenía para ofrecer.

Por favor haz que esto funcione.

El vestido parecía haber sido un buen comienzo. Si Dick y Fanny hubieran logrado una cena que fuera un poco romántica, y si ella lo servía con unas

Antología: Dos novias escandalosas

copas de vino, tal vez él dejaría esos escudos compuestos de deber y lealtad fuera de lugar, solo por esta noche.

A un lado de la habitación, Dick estaba de pie con la atención directa, sosteniendo una toalla bastante deslucida sobre su antebrazo izquierdo. Tenía el abrigo abotonado y se había atado un pañuelo rojo alrededor del cuello como una corbata. Una línea severa dividió su cabello en mitades desiguales: ahorre para un vagabundo errante que rebotaba con cada suave agitación del aire.

Se inclinó profundamente por la cintura. —Milord. Miladi.

—Buenas tardes, Sr. Cross—, dijo Mary, mientras Sebastian la ayudaba a sentarse. —Todo esto se ve tan encantador. Usted y la Sra. Cross deben haber trabajado muy duro.

—Oh, sí. — Dick vertió vino en sus vasos. —Pero no le tememos al trabajo duro, mi lady. Nunca conociste a sirvientes tan devotos como yo y mi Fanny.

Sebastián tomó su vino, sintiendo claramente el tema de la cena. Cien y una razones para no despedir a su cuidador.

Dick sacó una sopera y una canasta tejida, sobre la cual había cubierto un pequeño cuadrado de lino. —Su primer plato, milord y milady. Sopa y dolor.

—Sopa y qué? — Sebastián se hizo eco.

—Dolor—. Dick sirvió la sopa en el tazón de Mary.

Mary miró el grasoso caldo de res. Luego se encontró con la mirada inquisitiva de Sebastián y se encogió de hombros en respuesta. No tengo idea.

—Tampoco tiene sentido para mí, milord. Pero la señora dice que todo es francés esta noche. — Él movió los dedos en un gesto burlón. —La-di-dah.

Cuando se fue, quitó la tela de la canasta entre ellos, revelando el contenido.

Pan de molde. O, como lo llamarían los franceses, Pain

—Oh, querido—. Mary se llevó una mano a la boca. —Esto no es un buen augurio.

Antología: Dos novias escandalosas

—Vamos a comer—. Sebastián levantó la cuchara y bebió un sorbo, luego la dejó. —En segundo pensamiento, no comamos esto. —Él asintió en su dirección. —¿Cómo encuentras el dolor? ¿Tolerable?

—Detente—, suplicó. —No me hagas reír. Lo oirán.

Una vez que la sopa se hubo retirado, Dick regresó con un plato ovalado cubierto, que colocó sobre la mesa con floritura. Mary cruzó los dedos de las manos y los pies, esperando mejorar esta vez.

—Segundo plato, milord y milady. Veneno. —Él se inclinó. —Disfruten.

Después de que Dick se retiró, Mary miró la fuente cubierta. —Dime que no dijo "veneno".

—Creo que lo hizo—. Sebastian inclinó la cabeza. —¿Nos atrevemos a levantar la cúpula para echar un vistazo?

—No estoy mirando. Ve.

—Tal vez deberíamos pedir más dolor en su lugar.

—Oh, tú—. Sacó un rollo de la canasta y lo lanzó hacia él. —Te doy dolor.

Se llevó un dedo a los labios. —Shh.

En la cocina, se podía escuchar que Dick y Fanny tenían una disputa propia.

—Mujer, ¿qué me tienes diciendo ahí afuera? El veneno para servirle a su señoría.

—Te lo dije, está justo aquí en el libro de cocina. P-O-I-S-S-O-N. Veneno. Así lo llaman.

—Oh, sí. Eso es lo que los franceses quieren que creas. Así es como te atrapan.

Sebastián levantó la tapa del plato, revelando exactamente lo que ambos esperaban ahora: pescado al vapor.

—Voilà—, dijo. "Poisson". —Cogió el cuchillo de filete. —¿Te sirvo un poco, mi señora?

—Lo intentas primero.

Antología: Dos novias escandalosas

—Soy conocido por vivir peligrosamente—. Dio un mordisco. Masticado Se sentó un momento en sus pensamientos. —No está envenenado. Pero tampoco es bueno.

Cuando Dick regresó con el tercer plato, el comedor estaba lleno de suspenso. En lugar de comer, Sebastián y Mary habían pasado los últimos minutos haciendo apuestas sobre el plato desastroso que les servirían a continuación.

—Estamos aquí—. Dick dejó caer dos tazones poco profundos sobre la mesa. —Estofado de pollo y puré.

—¿En serio? — Bueno, eso fue decepcionante.

—¡Vena arrogante! — Fanny salió furiosa de la cocina. — Señor sobre ti, hombre. ¿Cuántas veces lo dije? Es engreído y venoso. — Ella barrió a su marido con una mirada fulminante. — Ten un poco de clase, viejo tonto.

—Oh, soy el tonto, ¿verdad? — Dick la siguió de regreso a la cocina, continuando en voz alta. —Eres a la que habría despedido antes de que sirva el mouse de chocolate.

Los gritos y las discusiones continuaron, intercalados con el golpeteo de ollas y sartenes.

Con un nudo en la garganta, Mary hurgó en la comida y le dio una cautelosa probada al plato de puré de manzanas. Tenía la consistencia de la pasta.

Demasiado para una cena romántica.

— Tal vez estaríamos mejor en Ramsgate después de todo—, dijo, resignada. —Mejor empacar mis cosas. ¿Crees que se darían cuenta si nos deslizamos arriba?

—No por una o dos horas, al menos—. Tiró la servilleta. — Ven, entonces. Hagamos nuestro escape.

Juntos, subieron las escaleras hasta el dormitorio y cerraron la puerta detrás de ellos. Una vez que estuvieron solos, no pudo evitar reírse. —La peor parte es que tengo mucha hambre.

Antología: Dos novias escandalosas

—tranquila corazón. Si nos apresuramos, estamos a menos de una hora en coche de una comida adecuada.

Ella le dio la espalda a él. — ¿Me ayudarás con los botones y los cordones? Necesito cambiarme para el viaje.

Él dudó. —No soy experto en esas cosas.

—Estoy segura de que te las arreglarás.

No había estado bromeando sobre su ineptitud. Mientras tiraba de los ganchos y luchaba con los botones, Mary se sintió extrañamente animada. Fue reconfortante saber que no había acumulado demasiada práctica desnudando a las mujeres.

Una vez que se deshizo la parte posterior de su vestido, las cintas de sus enaguas sin nudos, y los cordones de ella permanecen desatados, retrocedió unos pasos. —Ahí tienes. Saldré al corredor mientras tú...

—No seas tonto.

Se dio la vuelta, apresuradamente empujando su vestido y enaguas al piso, y dejando a un lado su corsé. Ella salió del montículo de seda y crinolina, de pie delante de él con solo una camisa de encaje azul claro. Una que había intervenido en las costuras una pulgada aquí y allá, para que se aferrara a sus senos y abrazara sus caderas.

Mary se quitó los alfileres del cabello uno por uno, luego lo sacudió en un barrido con un sensual movimiento de cabeza. Un movimiento que no casualmente empujaron sus senos hacia arriba.

Ella había llegado hasta aquí. Bien podría ser completamente descarada. Ni las esposas domésticas ni las cenas románticas habían logrado hacerlo cambiar de opinión. Ella solo tenía otra estrategia: seducción.

Y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Su reacción no fue exactamente lo que ella había estado esperando. Él frunció el ceño ante su cuerpo como si fuera un problema aritmético que no podía resolver.

— ¿Qué es? ¿No te gusta lo que ves?

Antología: Dos novias escandalosas

—No puedo decir que sí, no del todo. Eres una visión de belleza, pero estás parada en una camisola para tu luna de miel con otro hombre.

—Oh, ¿ese es el problema?

Se puso la camisola sobre los hombros y se quitó los brazos de las mangas. La prenda cayó al suelo en un charco de encaje.

—Ahí—, dijo. — No más camisola. Problema resuelto.

Capítulo 9

No, pensó Sebastián para sí mismo.

No, su problema definitivamente no fue resuelto. Su problema crecía por el momento, endureciéndose contra la bragueta de sus pantalones.

—No juegues—, advirtió, manteniendo su distancia a unos pasos. —Si realmente no quieres esto...

—Quiero esto—. Ella se acercó a él, tomó su mano y la colocó sobre su pecho. —Te deseo.

Eso fue todo.

Restricción, agotada. Argumento, terminado. Decisión tomada.

Había tanta tentación que un hombre podía quitarle a la mujer que había sido el centro de todas sus tórridas fantasías. Si ella lo deseaba, lo iba a conseguir. Hasta el último centímetro dolorido.

La agarró por la parte trasera y la levantó directamente del suelo para que sus piernas se envolvieran alrededor de sus caderas. Luego la llevó hacia la cama.

—Espera—, dijo. —¿Estás seguro de que nos sostendrá?

En respuesta, él simplemente cayó con ella sobre el colchón. Ella se tensó y contuvo el aliento.

Cuando la cama no se derrumbó, arqueó una ceja pregunta. —Sabes, deberías tener un poco más de fe en tu marido.

—Tienes razón. En el futuro lo hare.

—Bien.

Ella no necesitaba saber que la cama ahora era resistente porque él había seguido sus instrucciones. Se lo guardaría para sí mismo. Ahora que la tenía debajo de él, le dio un beso ligero en los labios y luego arrastró su boca hacia abajo, haciendo un camino de flecha recta hacia su pezón izquierdo endurecido.

Antología: Dos novias escandalosas

Había estado esperando más de una década para probarla allí.

Él giró su lengua sobre el pico rosado apretado, y luego atrajo su pezón hacia su boca, succionándola ligeramente. Ella no se resistió y gimió debajo de él, y él tiró aún más fuerte. Él transfirió su atención al otro seno, lamiendo sobre su pezón y luego tentándolo con círculos cada vez más amplios.

Ella era tan suave, tan dulce. Podría haber pasado toda una noche atesorando y acariciando su pecho, y algún día, prometió que lo haría, pero esta noche, su cuerpo clamó con impaciencia por más.

Se puso de rodillas para tirarse de la corbata y librarse de su abrigo. Ella lo ayudó en el esfuerzo, desabotonándole el chaleco y tirando de su camisa para quitarle los pantalones. Cuando finalmente quedó desnudo hasta la cintura, se sentó encima de ella. Su sangre cantó cuando sus cuerpos se encontraron, piel con piel.

Él deslizó una mano por su cuerpo, alcanzando entre sus muslos para explorar su sedoso calor. Ella jadeó y se mordió el labio. Él sostuvo su mirada mientras acariciaba y exploraba. Con el pulgar, cubrió el bulto de nervios hinchados en la cresta de su sexo, frotando suavemente de un lado a otro. Su respiración se aceleró y sus ojos brillaron de placer.

— ¿Bien? —, Preguntó.

Ella asintió. —Muy.

Él inclinó la cabeza para besarla en el cuello, luego se sumergió en sus senos y vientre, dirigiéndose a su montículo.

Sus muslos se cerraron sobre sus hombros. —Espera.

Sebastián esperó. Había esperado más de una década. ¿Qué eran unos minutos más?

Ella se empujó sobre los codos y lo miró. — ¿Qué estás haciendo?

—Quiero besarte—. Presionó su pulgar contra ella. —Aquí.

— ¿Estás...— Ella se interrumpió, distraída por su toque. — ¿Estás seguro?

—Sí—. Él chasqueó la lengua. —No hace tres minutos, prometiste tener un poco más de fe en tu marido.

Antología: Dos novias escandalosas

—Debería saber mejor que decir esas cosas—. Se recostó y se cubrió los ojos con la muñeca. —Muy bien. Has lo que quieras.

Él sonrió con intención diabólica. —También voy a hacer lo que quieras.

* *

Cuando él puso su boca en ella ... bueno, hacia ella ... Mary casi saltó de su piel. El placer era tan intenso, tan indescriptiblemente brillante. Un movimiento de su lengua contra su lugar más sensible, y ella se retorció debajo de él.

La tortura más dulce.

En unos momentos, la hizo responderle con sorprendente intensidad. Su placer aumentó a un ritmo sin precedentes. Ella comenzó a jadear y gemir, levantando las caderas para buscar más contacto. Luego deslizó un dedo dentro de ella, y el maravilloso estiramiento la envió al borde. Ella gritó y se convulsionó con la liberación. Sus músculos íntimos pulsaban alrededor de su dedo.

Cuando el placer la dejó escurrida y jadeante, él volvió a deslizarse por su cuerpo. Extendió la mano entre ellos para desabotonarse la bragueta de sus pantalones. Luego encontró su mano y la llevó a su erección. —Tócame.

Ella exploró su longitud completa con la punta de los dedos. La suavidad, las crestas, la piel lisa en la punta y la dureza que sustenta todo. Ella rodeó su eje, acariciando ligeramente arriba y abajo. Su gemido resultante fue inmensamente gratificante.

Él se sentó sobre ella, y ella sintió la amplia corona de su erección pinchando en su entrada. —¿Estás lista? —Su voz era ronca, tensa.

Ella asintió, sin saber si era verdad.

Él presionó contra ella, y luego dentro de ella, estirando su cuerpo para acomodar el suyo. Ella hizo una mueca de dolor, pero trató de no gritar. Lo último que quería era que se detuviera.

La amaba con movimientos lentos, suaves y constantes. Incluso cuando los músculos de su brazo temblaban de tensión, y su respiración era áspera. Él la cuidó, protegiéndola incluso de la fuerza de su propia necesidad.

Antología: Dos novias escandalosas

Hasta el final, cuando su ritmo vaciló por un momento. Cuando reanudó, fue en un ritmo más rápido y más duro. Sus rudos y masculinos sonidos de placer la emocionaron. Ella agarró sus hombros con fuerza.

Con un empuje final y profundo, se derrumbó sobre ella, estremeciéndose por la liberación.

Después, se abrazaron con fuerza. No hablaron ni besaron. Simplemente respirando y existiendo juntos de la manera más simple y esencial.

Respiró hondo y lo soltó como un gruñido, envolviendo sus brazos alrededor de ella y apretándolo con fuerza. —Tú.

Ella sonrió. —Tú.

Él se recostó en la cama y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Está tranquilo abajo—, dijo. —Fanny y Dick dejaron de discutir.

—¿Crees que se mataron entre ellos con rodillos, o se envenenaron?

—Lo más probable es que salieran a los establos y se quedaran dormidos. Pero sea lo que sea, espero que hayan limpiado la cocina primero.

Mientras la sostenía, acariciando tiernamente su cabello, la conciencia de Mary comenzó a agitarla. —Hay algo que debería decirte—, dijo, con la esperanza de que él tomara bien la revelación. —Algo que debería haberte dicho antes de casarnos.

—También hay algo que debería haberte dicho.

—¿Qué es eso? — Ella estaba feliz de que él fuera el primero.

—Quiero una familia. Debería haberte dicho esto antes de que aceptaras huir conmigo. Pero no es solo que necesite un heredero. Quiero que nuestro hijo, con suerte, nuestros hijos, tenga un verdadero hogar.

Oh Sebastián

Rodó sobre su espalda y miró hacia el techo. » Mi juventud fue una serie de promesas incumplidas. Tú lo sabes. Tú estabas ahí. ¿Cuántas Navidades pasé en tu casa cuando mi propio padre no pudo recogerme de la escuela?

—No lo sé. Pero siempre estuvimos felices de tenerte.

Antología: Dos novias escandalosas

—Me compadeciste—, dijo. —La peor parte fue que esperabas mi presencia todos los años. Siempre un lugar a la mesa, pequeños regalos envueltos y esperando. Paquetes de dulces, señuelos de pesca. Siempre supuse que había eliminado algunas probabilidades y encontraban algo para darme, para que no me sintiera excluido. Hasta el año que me tejiste un suéter. Probablemente no lo recuerdes.

—Por supuesto que sí. También le hice uno a Henry.

—Todavía lo tengo, sabes. Rayas azules y doradas, los colores de mi casa en la escuela. Fue entonces cuando finalmente entendí. No se pudo haber producido un sueter en los colores de mi casa en cualquier momento. Tenías que haberlo tejido de antemano, y lo tenías envuelto y esperando.

—Sebastián...

—Sabías. Todos sabían lo que no quería creer. Que las excusas de mi padre eran inventos, y sus promesas no significaban nada. Nunca cumpliría su palabra de venir por mí. Debería haberme dado cuenta yo mismo. —Se pasó una mano por la cara. —Nunca me había sentido tan estúpido.

Mary se sentó en la cama. —No deberías haberte sentido estúpido—, le dijo. —Eras un niño que quería creer en su padre. No hay vergüenza en eso. Solo lamento que nunca haya estado a la altura de tus esperanzas.

—No se puede saber cómo se siente. Es como estar atado a una voltereta, cayendo de la esperanza a la decepción una y otra vez. Eventualmente, tu espíritu es simplemente aplastado. No voy a dejar que un niño pase por eso. —Sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Entiendes?

Ella asintió.

» Por lo tanto, no es suficiente para mí simplemente engendrar un heredero y terminar con eso. Quiero ser un buen padre. Estar allí para cada Navidad, cada cumpleaños. Enseñar a nuestros hijos a montar y pescar, limpiar sus raspones y acostarlos por la noche. Sé que es más de lo que te deje creer cuando nos fugamos. Yo era egoísta. Porque sabía que si tenía alguna posibilidad de esa vida, tendría que ser contigo. Si no fuera por ti, Henry y tu padre, no sabría qué es la familia.

Antología: Dos novias escandalosas

—Querido hombre—. Ella se inclinó y besó sus labios. —Nada me haría más feliz que una familia contigo. Nada.

—¿Estás segura?

—¿Alguna vez has sabido que soy de otra manera?

—Supongo que no—. Su boca se inclinó en una sonrisa torcida. —Entonces, ¿qué era lo que querías decirme?

Ella acarició el espacio entre sus ojos. Por una vez, no había surco en su frente, y ella no podía soportar tallar uno nuevo.

—Quería decirte que te amo.

Su expresión se cerró. —No tienes que decir eso

—Creo que tengo que decirlo. Porque me lo he estado guardando durante años y me está haciendo un agujero en el pecho. No me crees, ¿verdad?

Sacudió la cabeza. —No por un momento. Es decir, a menos que lo diga en cierto modo de amistad o cariño. Hay diferentes tipos de amor y...

—Espera—. Se sentó en la cama, alcanzando el borde de la ropa de cama arrugada. —Te lo demostraré. Sabes que trabajé en mi ajuar durante años. Todas las chicas lo hacen. Pero creo que zurcí este juego particular de ropa de cama el año en que tenía veintiún años, creo. — Ella pasó las yemas de los dedos por el costado hasta que encontró lo que estaba buscando. —Aquí—. Ella se lo mostró. —¿Qué dice eso?

Lo miró detenidamente. —No lo sé.

—Si sabes. Es "M.C.I." Estaba terriblemente enamorada de ti en ese momento, y en un momento sentimental, borde tu inicial al final del mio. Hace casi siete años.

—Pero dices que estabas enamorada. El enamoramiento no es amor.

—No, no es. Me dije lo mismo. Entonces, después de que compraste tu comisión y te fuiste a la guerra, puse mis sentimientos a un lado. Me dije que era práctico. Giles pidió cortejarme, y luego me pidió que me casara con él. Dije sí. Aunque sabía que no lo amaba, nunca podría amarlo.

Antología: Dos novias escandalosas

Ella cerró los ojos y se armó de valor. »Pero no fue hasta que perdí a Henry que realmente lo supe. El rector vino a visitarme. Y lo supe, lo sabía, significaba que uno de ustedes había sido asesinado. Cuando me dijo que Henry había muerto, quedé devastada. No solo porque lo había perdido, sino porque había tenido este terrible destello de alivio en el mismo momento. Pensé, gracias a Dios que no fue Sebastián—. Una lágrima caliente cayó sobre su mejilla, y ella impacientemente la limpió. — ¿Puedes imaginar? Me odiaba a mí misma. Pero después de eso, no se podía negar. Estaba realmente enamorada de ti.

La atrapó en sus brazos y los giró, de modo que ella estaba debajo de él. Su mirada incrédula buscó la de ella. —Mary.

—Te amo—. Ella tomó su rostro en sus manos y besó su mejilla. —Te amo. — Luego su barbilla. —Te amo. —Luego el latido bajo su mandíbula. —Te quiero y...

Él cubrió su boca con la suya, besándola con fuerza. Como para prohibirle que lo amara, y al mismo tiempo rogarle que nunca, nunca se detenga. Enredaron lenguas, extremidades, corazones y almas.

Enterró la cara en su cuello. —Te necesito—, susurró con voz ronca. — ¿Puedes tomarme de nuevo?

Ella asintió. —Sí.

Esta vez fue diferente. No lento y tierno, sino desesperado, urgente. Él se levantó sobre sus brazos y la miró, sin romper nunca su intensa mirada mientras la tomaba en profundos y poderosos empujes.

Esto no fue hacer el amor. Fue posesión.

—Ahora eres mía—, dijo con los dientes apretados. —¿Me escuchas? Eres mía.

Se movió más fuerte, más rápido. Como si tuviera la intención de golpear su cuerpo hasta que se convirtiera en parte de ella, compartiendo la misma sangre y hueso, y separándolos a los dos.

Ella lo abrazó con fuerza, arqueando las caderas para que coincidiera con su ritmo. Cada uno de sus movimientos la llevó más alto. Más cerca de su pico. Más cerca de él

Antología: Dos novias escandalosas

De alguna manera se encontraron en la tormenta febril del clímax, abrazados de todas las formas posibles.

Se dejó caer sobre ella, y ella le acarició el pelo y los hombros mientras recuperaba el aliento. Su espalda estaba manchada de sudor.

—Ahora eres mía, —susurró. —Ni siquiera trates de discutirlo.

—No lo discutiré—, dijo. —Siempre y cuando entiendas que también eres mío.

Capítulo 10

Se despertaron con el sonido de alguien golpeando la puerta de la cabaña.

Mary se sentó en la cama. ¿Quién demonios podría ser, a esta hora?
Seguramente no Dick o Fanny.

Sebastián soltó una risita burlona. —Ciertamente no Dick o Fanny. Nunca tocarían la puerta.

—tienes un punto.

—Parece que se han ido—, dijo después de un minuto. —Podemos volver a dormir.

—No sé si puedo volver a dormir. No después del sobresalto al despertar.

—Bueno, entonces. — Él deslizó su brazo alrededor de ella, acercándola. —
Supongo que podríamos divertirnos de alguna otra manera.

Los golpes se reanudaron.

Con un gemido, Sebastián dejó caer la cabeza sobre la almohada. —Quédate aquí. Me encargaré de eso. Con un ligero beso en los labios, él se levantó de la cama y deslizó las piernas en un par de calzones. Cogió su camisa de donde estaba tirada en el suelo y la arrastró sobre su cabeza y brazos. Luego alcanzó el candelabro y bajó las escaleras a trompicones.

—Quienquiera que seas—, bramó mientras deslizaba el cerrojo, —será mejor que tengas una buena razón para llamar a mi puerta en medio de la noche.

Él abrió la puerta.

—Créeme, tengo una excelente razón—. Giles Perry estaba parado en el umbral, sosteniendo una linterna en su mano izquierda. Llevaba una capa oscura sobre sus hombros y una expresión asesina en su rostro. —He venido a hacer esto.

Retiró el puño y golpeó a Sebastián en las costillas.

Oof El golpe tomó a Sebastián por sorpresa. Pero eso fue todo lo que hizo. Perry no tenía el volumen ni la fuerza para dar un golpe contundente. Sebastián ni siquiera retrocedió un paso. Al mirar el rostro tristemente decepcionado de Perry, casi se sintió un poco avergonzado por su falta de respuesta. Se preguntó si tal vez debería doblarse y fingir un gemido dramático solo para ser cortés.

Pero luego recordó que este era el hombre que había dejado a Mary esperando en el altar, y no tuvo más inclinaciones a la pena.

— ¿Cómo te atreves a venir aquí? —, Gruñó.

— ¿Cómo te atreves a estar aquí?, —Respondió Perry, indignado.

—Esta es mi casa. Tengo todo el derecho de estar aquí.

—No tienes derecho a estar aquí con ella—. Perry se agachó bajo el brazo de Sebastián y entró en la cabaña. —He venido a rescatar a Mary.

— ¿Rescatarla de qué? ¿Un exceso de orgasmos?

— De ti, tú... guardián negro en celo.

Oh, eso fue demasiado. —Escucha, estúpido imbécil. Ya no tienes derecho sobre Mary. Eso terminó cuando abandonaste tus promesas y la dejaste esperando sola en el altar. La única razón por la que no tienes un agujero de bala en el pecho es porque ella me rogó que perdonara tu miserable vida.

—¿Qué estás diciendo? No la abandoné.

—Estoy bastante seguro de que lo hiciste. Yo estuve allí y tú no.

—Porque cumplí con su pedido. Mary lo rompió. Yo no.

—Estás mintiendo...

—No está mintiendo—. Mary estaba parada en la parte superior de las escaleras, vestida con una de sus camisolas. —Está diciendo la verdad. Yo fui quien canceló la boda.

Sebastián sacudió la cabeza con incredulidad. —Eso no puede ser. No tiene ningún sentido.

Antología: Dos novias escandalosas

Perry se movió para confrontarla directamente. — ¿Te escapaste con este bandido? ¿De buena gana?

—No es un bandolero. ¿Cómo nos encontraste aquí?

—El cochero me lo dijo, cuando finalmente regresó. Había alquilado ese carruaje por horas, espero que lo sepas. — Él sacudió la cabeza con irritación.

—Se suponía que era un acuerdo discreto. Te conviertes en una solterona, obtengo un asiento en la Cámara de los Comunes.

—Seguirás siendo diputado. No es como si necesitaras ganar votos. Estás comprando un puesto. Con mi dote, podría agregar.

Sebastián no pudo haber escuchado eso correctamente. — ¿Le diste tu dote?

—Sí—. Bajó el resto de las escaleras. —A cambio de liberarme del compromiso con tan tarde aviso.

—Nunca debería haber estado de acuerdo—, dijo Perry. —Tengo un futuro prometedor en el Parlamento, ya sabes. Podría ser primer ministro algún día. Mucha gente lo dice. Cuando llegue esta noticia, me habrás convertido en el hazmerreír de Londres.

—Oh, Giles. Por favor. Nadie piensa en ti la mitad de lo que crees que lo hacen.

— Perdón. Estoy en los periódicos al menos dos veces al año.

—Eres un hombre, de una familia influyente. Sobrellevarás el escándalo, compra tu asiento en el Parlamento. A partir de ahí, puede hacer su reputación en la política y, podría agregar, una pareja mucho mejor. En todo caso, la gente creerá que tuviste un escape afortunado. Asumirán que fue mi culpa y que tu te deshiciste de mí.

Sebastián se pellizcó el puente de la nariz. —Ayúdame aquí, Mary. Si cancelaste la boda esa mañana, ¿por qué viniste a la iglesia? Con todas tus pertenencias embaladas?

Ella miró a todos lados menos a él.

—Oh Dios mío. ¿Planeaste esto?

Antología: Dos novias escandalosas

—En cierto sentido. No podría estar segura de que sugerirías que nos fuéramos. Pero me prepararé para eso, por si acaso lo hicieras.

—Me dijiste que no querías escaparte. Discutiste en contra de eso.

—Argumento en contra de todo. Está en mi sangre—. Se mordió el labio. —Si hubiera aceptado demasiado fácilmente, podrías haber sospechado.

Se dio la vuelta, empujando una mano a través de su cabello. —Es increíble.

—Lo siento mucho. Estaba mal de mi parte. Pero desde hace un año, he estado muy preocupada por ti. Ya nunca me visitaste. Me di cuenta de que no podía seguir con la boda hace meses y...

—¿Hace meses? —Perry chilló.

Sebastián giró para enfrentarlo. —¿Por qué sigues aquí?

—Porque—. Perry tiró de su chaleco. —Creo que también me deben una disculpa.

—Estás seguro que no recibirás uno de mí.

—Lo siento, Giles—. Mary se acercó a él. —Lo lamento mucho. Debería haberlo roto hace años. Pero te habría hecho un gran daño al convertirme en tu esposa. Creo que los dos sabemos que no éramos adecuados el uno para el otro.

—Quizás no, pero...— Perry hizo un gesto de disgusto en dirección a Sebastián. —De todos los hombres, ¿tenía que ser él?

—Sí—. Miró a Sebastián. —De todos los hombres, tenía que ser él—. La emoción se apoderó de su corazón como un puño.

—Escuchaste a mi señora—, le dijo a Perry. —Ahora puedes irte. Regresa a Londres y diviértete corrompiendo aún más al Parlamento.

Perry finalmente se movió para abandonar la cabaña. —Te diré—, dijo, con la mano en el pestillo de la puerta, —que tengo varios planes para el beneficio de los pobres y los enfermos.

—Sólo sal.

Por fin, el hombre se había ido.

Antología: Dos novias escandalosas

Sebastián se volvió hacia su engañosa esposa.

Ella agarró sus manos juntas frente a ella. —Te debo muchas explicaciones.

—Puedes ofrecer todas las explicaciones que quieras, pero no hay excusa para esto.

—¿Al menos me escucharás?

Primero, tenía algunas cosas que decir. —Me mentiste. Me hiciste creer que estabas abandonada, sola, vulnerable. Cuando Henry y yo nos fuimos a la guerra, hice un voto para protegerte si no volvía. Los últimos días, me he torturado a mí mismo. Sabiendo que cumplí esa promesa de protegerte lo mejor que pude, y al mismo tiempo creer que fue a costa de tu felicidad. Ahora sé que eso era solo una falsedad. ¿Cuánto del resto eran mentiras también?

—Nada de eso. Lo juro. Todo lo demás era la verdad. — Ella se le acercó. — Sé que mentí sobre ser abandonada. Eso estuvo mal de mi parte. Pero si te preocupas por mí y quieres formar una familia juntos... ¿Es realmente tan terrible saber que era a ti a quien amaba todo el tiempo?

—No sé si puedo creer eso ahora. Apenas podía creer esas tres palabras cuando las pronunció la primera vez. ¿Cómo demonios se suponía que debía aceptarlos ahora?

—¿Crees que te mentaría? ¿Sobre el día que supe de la muerte de mi propio hermano? —Su voz tembló de emoción. —Si eso es lo poco que piensas de mí, podemos anular el matrimonio. Nadie sabe que lo hicimos, salvo por el cochero y Giles. Y Dick y Fanny, pero ¿a quién se lo dirían?

—La Iglesia lo sabe. Lo sé. Dijimos votos. Hemos tenido... —Hizo un gesto de impaciencia. —... relaciones matrimoniales.

Bueno, mira eso. Se le ocurrió un término cortés por su cuenta.

—Un matrimonio puede ser anulado por fraude—, dijo. —Si eso es lo que alegas, no pelearé.

—Oh, estaré condenado si anulo este matrimonio. No vas a salir de el tan fácilmente—. Inhaló lentamente, tratando de estabilizarse. —Estoy lejos de ser un hombre perfecto. Pero si hay algo que valoro por encima de todo, es cumplir mis promesas.

Antología: Dos novias escandalosas

—sé eso.

—Precisamente, Mary. Tú lo sabes. Tú lo sabías. Y lo usaste contra mí.

Ella asintió lentamente. —Tienes razón, lo hice. Veo eso ahora. Quizás sea imperdonable.

Se giró y subió las escaleras en silencio.

Sebastián no la siguió.

* *

Mary pasó el resto de la noche paseándose, llorando y esperando contra toda esperanza que pudiera escuchar sus pisadas en los escalones. Para que él pueda acercarse a ella, permitirle disculparse, considerar darle otra oportunidad.

Antes de que Giles llegara, habían estado al borde de algo realmente maravilloso. Y debido a su estupidez, los había retrasado años. Ella no sabía cómo convencerlo de que volviera a confiar en ella. Pero no importa cuánto tiempo tomara, no se rendiría.

Cuando amaneció, finalmente escuchó el sonido de la agitación de la planta baja. Corrió hacia la puerta y presionó su oreja contra ella, conteniendo la respiración.

Sin pisadas.

En cambio, escuchó el sonido de las ruedas del carruaje crujiendo en el camino de grava. Alejándose.

No.

Mary miró alrededor de la habitación, aterrorizada. Dios mío, ella todavía estaba descalza y vestía nada más que su camisola. No había sido capaz de cambiarse.

No había tiempo para encontrar otra cosa.

Antología: Dos novias escandalosas

Ella voló desde la habitación, bajando corriendo las escaleras con los pies descalzos y dando vueltas en una esquina en su carrera loca hacia la puerta principal. —Sebastián! Sebastián, espera! No te...

Oof Cuando abrió la puerta, chocó con algo.

Algo alto, fuerte y maravilloso.

—Sebastián—. Ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. —Gracias a Dios que todavía estás aquí. Pensé que me habías dejado.

—Te dije que no te dejaría. ¿Qué te haría pensar eso?

Ella se apartó y buscó sus ojos. —El carruaje. Lo escuché irse.

—Ah, sí. Eso habría sido Dick y Fanny haciendo su partida.

—No quieres decir que los despediste? Sé que son terribles, pero tenían buenas intenciones.

—No los despedí—, dijo. —Los he enviado de vacaciones. A Ramsgate.

Ella parpadeó hacia él, atónita. —Sebastián, no lo hiciste.

— sí. Deben tener una habitación en el mejor establecimiento, con pensión completa y todos los gastos pagados, durante una semana. Y nosotros —le puso las manos en la cintura—estamos solos.

—¿solo nosotros?

El asintió.

—¿Por una semana entera?

—Me temo que sí—. Sacudió la cabeza, como si estuviera consternado. —Tendremos que preparar nuestra propia comida. Partir nuestra propia madera. Nada que hacer más que pasear por la playa por las tardes y sentarse junto al fuego por las noches con una copa de vino—. Sus ojos se oscurecieron. —Bueno, eso y irnos a la cama temprano.

—Oh querido. Qué prueba. —Ella le puso la mano en la mejilla. —¿Eso significa que me has perdonado?

—No estoy seguro. Todavía estoy molesto contigo y pasé toda la noche pensando en ello. Me mentiste.

Antología: Dos novias escandalosas

—Lo sé.

—Pero entonces, también renunciaste a tu dote y la oportunidad de un matrimonio seguro, te arriesgaste a la ruina y la soltería por mí. Parece que también debería contar para algo.

—Solo lo hice porque te amaba mucho. Esperaba que quizás sintieras algo por mí, pero sabía que nunca harías nada al respecto. Si te dijera cómo me sentí, habrías huido tan rápido como Shadow podría llevarte. Nunca te hubieras casado conmigo a menos que creyeras que vendrías a rescatarme.

—Desearía poder contradecir eso, pero sospecho que tienes razón.

—Siempre estoy en lo correcto.

Él la miró.

» A menudo correcto—, corrigió. —Si ayuda, mi primer plan no presentó engaño en absoluto. Simplemente iba a seducirte. Pero no tenía la confianza de poder lograrlo

Su boca se arqueó en la esquina. —Oh, podrías haberlo logrado.

— ¿En serio?

—Sin duda—. La atrajo hacia sí, apoyando su frente sobre la de ella. —Mary, Mary. ¿Realmente puedes amarme tanto?

—Más. Deberías haber visto mi tercer plan si este no funcionara. Había hombres en la carretera.

Él rió.

Fue una risa cálida y sin cargas que hizo que su corazón se disparara.

Ella lo había desarmado ahora. Ya no podía mantenerla a distancia.

—Te amo—, murmuró. —Dios, se siente bien decir eso al fin. Te amo, Mary.

Se inclinó para besarla, luego se detuvo. »Acabo de pensar en algo. Si tus baúles no fueron empacados para una luna de miel con Giles Perry, ¿eso significa que todas esas negligencias fueron realmente...

— ¿Para ti? — Ella sonrió. —Sí.

—¿Hay más de ellos?

Antología: Dos novias escandalosas

—Llévame arriba y averígualo.

Ella no tuvo que pedirlo dos veces. Él se inclinó, le pasó un brazo por los muslos y la arrojó sobre su hombro antes de subir las escaleras.

Mary esperaba que hubiera armado esa cama correctamente. Porque se pondría a prueba durante toda la semana.

Epílogo

—Sal de la ventana, cariño—, dijo Mary. —Estás dejando huellas en el cristal.

Henry hizo un puchero. —Dijiste que papá llegaría a tiempo para el té.

—Lo hará. Lo prometió, y tu padre siempre cumple sus promesas.

Mary también estaba ansiosa por que Sebastián llegara. El cuidado de sus cuatro hijos durante su ausencia la había dejado deshilachada en los bordes. Cuando estaban en Londres o en Byrne Hall, ella tenía una niñera para ayudar, pero cuando se tomaban sus vacaciones anuales aquí en la cabaña, preferían quedarse solos con la familia. Con la incorporación de Dick y Fanny Cross, por supuesto.

Cambió a Molly, la más joven, al otro brazo y le limpió la saliva de su cara regordeta. La pobre querida le estaba saliendo un diente nuevo. Al menos William había subido a dormir la siesta, pero Jane y Henry no dejarían de discutir.

Algún día, Mary terminaría su última carta estridente al editor de el Times, pero no sería hoy.

—Lo más probable es que papá llegue tarde—, dijo Jane.

—No, no lo hará.

—Lo hará. A causa de la lluvia.

—No está lloviendo—, objetó Henry.

—No ahora, no aquí. Pero estaba lloviendo fuerte hace una hora. Las nubes han cambiado desde entonces. Entonces es probable que esté lloviendo sobre él ahora. Puede que incluso tenga que detenerse en alguna parte.

Mary los hizo callar a los dos. —Él estará aquí. Nunca se perdería uno de sus cumpleaños.

Antología: Dos novias escandalosas

—Es una promesa bastante fácil de cumplir, teniendo en cuenta que tres de nuestros cumpleaños son todos en el mismo mes. Henry es el único que queda fuera. Jane arrugó la nariz pensando. —Es más bien una coincidencia, ¿no?

Mary solo sonrió. No fue casualidad que tres de sus cuatro hijos hubieran nacido en marzo. No cuando se considera que pasaron unas vacaciones en la costa de Kent cada junio.

Había algo en esa cama.

Mary esperaba no estar cerca cuando Jane finalmente descubriera la verdad. Ella era demasiado lista.

Puso a Molly en el suelo para jugar, luego invitó a Henry a sentarse en su regazo. —Henry, ¿te he contado sobre la noche en que naciste?

Jane puso los ojos en blanco. —Solo cientos de veces.

Mary ignoró la queja de su hija mayor y abrazó a Henry. —Llegaste temprano. Estaba en Byrne Hall, y tu papá estaba en Londres. Le envié un mensaje expreso, pero pensé que no podría llegar antes que tú. Nunca debería haberlo dudado. Tu padre cabalgó toda la noche, bajo la lluvia y llegó justo a tiempo para darte la bienvenida al mundo. Estuvo allí para tu primer cumpleaños, y estará aquí para verte cumplir seis años. Nunca lo dudes.

Molly presionó una mano con saliva contra la ventana. — ¡Papá!

— ¿Ves? — Henry le dio a su hermana mayor una mirada superior. — Te dije que llegaría a tiempo para el té.

—Y te dije que estaba lloviendo—, respondió ella.

Sebastián entró por la puerta, goteando agua de lluvia y golpeando el barro de sus botas. —Escuché que hay un joven maestro aquí que tiene seis años de edad. ¿Quién podría ser?

—¡Soy yo! — Henry se apresuró a abrazar a su padre.

Fue seguido de cerca por Jane.

Molly se acercó y levanto los brazos. —Papá, arriba.

William bajó las escaleras, se frotó el sueño de los ojos y saltó sobre la espalda de su padre.

Antología: Dos novias escandalosas

Mary intercambió miradas divertidas con su esposo. —Te ves como un árbol de niños.

Un árbol de niños extremadamente guapo. Incluso todos estos años después, nunca dejó de dejarla sin aliento.

—Ven a comer pastel, papá.

—¿Podemos ir a bañarnos mañana?

—¿Nos trajiste dulces de la ciudad?

—Papapapapapa.

Ella acudió a su rescate y los ahuyentó. —Dejen descansar a su padre, todos ustedes. Vayan a ayudar a la señora Cross a preparar la mesa para el té.

Una vez que todos huyeron, finalmente pudo saludar a Sebastián con un beso propio. —En caso de que no lo supieras, te extrañamos mucho—. Ella lo ayudó a quitarse el abrigo. —¿Fue terrible el camino?

—Shadow y yo hemos pasado por cosas peores.

—Estoy muy contento de que estés aquí. Tus hijos son agotadores.

Se rio entre dientes. —Los llevaré a la playa mañana para que puedan descansar.

—No tienes que hacer eso.

—Oh, sí. — Sus brazos la rodearon y su voz se oscureció. —Necesitarás descansar mañana, porque quiero mantenerte despierta hasta tarde esta noche.

El beso que le dio fue de amor ilimitado y pasión intensa, y transmitió un mensaje inconfundible:

Será mejor que no hagas ningún plan para el próximo marzo.